

MIKE DAVIS

TOMÁNDOLE LA TEMPERATURA A LA HISTORIA

*Las aventuras de Le Roy Ladurie en la Pequeña
Edad de Hielo*

EMMANUEL LE ROY Ladurie es desde hace mucho tiempo alguien a quien le gusta llevar la contraria –o como él prefiere llamarse, un electrón libre– en una cultura cuyos mandarines se protegen con una armadura ideológica uniforme. Muchos de ellos, por supuesto, entran en la vida pública desde la izquierda pero salen por la derecha, en cuyo caso la conversión obliga a efectuar una inversión general de convicciones previas, para convertirse en el opuesto especular. Esto lo ilustra muy bien el caso de François Furet, amigo de Le Roy Ladurie y excomunista que, después de rechazar la izquierda política, le declaró la guerra al «historicismo marxista-estalinista» en todas sus formas, incluida la escuela de los *Annales*, que tachó de «mero sustituto galo del marxismo»¹. Le Roy Ladurie, por el contrario, es una quimera: semirreaccionario en política y semimarxista en metodología. Se describe a sí mismo como un «católico no muy progresista», escribe en *Le Figaro* y califica Mayo de 1968 de «desastre», pero, sin embargo, se aferra tercamente al paradigma más pasado de moda en el Sena, el materialismo histórico². Destaca a Tocqueville, a quien denomina el John Wayne del liberalismo francés, pero afirma que el marxismo, como

¹ Lynn Hunt, «French History in the Last Twenty Years: The Rise and Fall of the *Annales* Paradigm», *Journal of Contemporary History*, vol. 21, núm. 2, abril de 1986, p. 215.

² En referencia a la caída del interés de los estudiosos por la historia cuantitativa, declaraba: «Pienso que 1968 fue un desastre, desde mi punto de vista»; «a los jóvenes ya no les interesan para nada esas estadísticas», «Immobile History: An Interview with Emmanuel Le Roy Ladurie», en Alexander von Lunen y Charles Travis (eds.), *History and GIS: Epistemologies, Considerations and Reflections*, Dordrecht, 2013, p. 18.

teoría de la infraestructura económica, es «totalmente complementario» a *la pensée toquevillienne* como teoría de la superestructura política³.

A lo largo de su vida ha sido niño privilegiado de Vichy, feroz cuadro joven en las filas del PCF, fundador del Partido Socialista Unificado de tendencia neoizquierdista, celebridad cultural que apoyaba al centro derecha y, ahora, un viejo sabio que se niega a resumir sus creencias a conveniencia de la posteridad. Igualmente, su trabajo de investigación, cambiante pero de algún modo integrado en un ámbito coherente, siempre ha eludido una clasificación simple. Con la posible excepción de Régis Debray, Le Roy Ladurie es el intelectual francés que más se acerca a un algoritmo incomprensible. Su bibliografía, por ejemplo, incluye artículos o capítulos de libros sobre temas como la datación radiométrica de monedas de plata, la castración simbólica, la utilización de amas de cría para amamantar en el siglo XVIII, el oro brasileño, los trajes regionales, la epidemiología, la geografía de topónimos que comienzan por «San» (hagiotopónimos), los impuestos sobre la sal, la historia del libro, las aldeas abandonadas, las ideas de Vauban sobre la reforma fiscal, la dendrocronología, los cuentos populares sobre pedos de burro mortales, la estatura de los reclutas militares, la brujería y las identidades regionales de Francia.

I. LA INVESTIGACIÓN DEL COSMOS

Pero este alegre eclecticismo, que recapitula el espectro creativo de la tradición de los *Annales* en un único currículum vitae, está en su mayor parte ligado gravitacionalmente a los *grands projets* sobre los que ha trabajado durante más de medio siglo: una «historia total» del campo francés bajo el *ancien régime* y, derivada de esto, la historia del clima

³ Guy Lemarchand, Emmanuel Le Roy Ladurie y Karine Rance, «Regards croisés», *Annales historiques de la Révolution française*, núm. 351, 2008. Le Roy Ladurie siempre ha distinguido entre el anticomunismo (del que es un defensor militante) y el antimarxismo (que rechaza). En sus memorias, *Paris-Montpellier: PC-PSU, 1945-1963*, París, 1982, que recordaban su paso por la izquierda francesa de posguerra, defendía el marxismo como una «herramienta analítica y descriptiva» indispensable, en buena medida también por su capacidad para «desenmascarar regímenes que se proclaman a sí mismos marxistas», p. 34. También admitió alegremente que la Escuela de los *Annales* compartía «la creencia del viejo Karl en una infraestructura socioeconómica de la historia», pero sin las «preocupaciones dogmáticas de los propios discípulos de Marx», p. 224.

de Europa occidental desde el siglo XIV⁴. Con el paso de las décadas, cada proyecto ha evolucionado a través de innumerables estudios de caso y colaboraciones interdisciplinarias, que han dado lugar a múltiples volúmenes en diversas revisiones y docenas de artículos, todo dentro del específico sistema francés de investigación en equipo en el ámbito de las humanidades. Aunque sus reseñadores y críticos rara vez lo reconociesen, Le Roy Ladurie enmarcó desde el comienzo sus investigaciones como historias «ecológicas» o «medioambientales», algo que lo convirtió en pionero de la disciplina. De modo similar, estuvo en la vanguardia de la nueva demografía histórica y a menudo se ha quejado de la falta de atención de otros historiadores a cuestiones cruciales como la epidemiología, la nutrición, la contracepción y la fertilidad. Si bien la exploración comparativa de Braudel era más amplia —una geohistoria que abarcaba el Mediterráneo cristiano y el islámico— la obra de Le Roy Ladurie ha sido epistemológicamente más radical, a pesar de su objeto más delimitado —o quizá debido a ello— en la Francia rural, en especial el Midi. Al negarse a separar la historia social de la natural en *Les paysans de Languedoc*, llevó la visión totalizadora de la segunda generación de la Escuela de los *Annales* a su fase de desarrollo más elevada, en la que el cambio climático, la evolución de las enfermedades y la represión sexual se convirtieron en fuerzas históricas que interactuaban y sobredeterminaban los conflictos de clase y religiosos. En una entrevista se comparó a sí mismo con un manglar, con incontables intereses ramificados en todas direcciones, pero todos creciendo desde el mismo árbol enorme⁵. La imagen es muy adecuada.

Telescopio y microscopio

Debido a una curiosa e incurable tendencia a perjudicarse a sí mismo con formulaciones ambiguas y lemas hiperbólicos que no reflejan con precisión su contexto real, también ha sido más tergiversado mediante citas selectivas y estereotipos espurios que cualquier otra gran figura de la Escuela de los *Annales*. De hecho, parece disfrutar casi con fruición retando a sus críticos e intérpretes a hacer encajar su extraño marco en el lecho procrusteano que ellos prefieran. Como en una ocasión explicaba Jacques Le Goff, uno de sus compañeros de los *Annales*, en una

⁴ Se puede decir que hay un tercer «gran proyecto» en su carrera, aunque muy posterior: la historia, tanto antropológica como política, de la corte absolutista.

⁵ «The paratrooping truffer», *Times Higher Education Supplement*, 12 de octubre de 1998.

entrevista: «Emmanuel disfruta con esas cosas: los juegos de palabras, la provocación»⁶. Por lo general funciona. En la década de 1980, Lynn Hunt citaba, por ejemplo, el supuesto giro de interés, de la historia cuantitativa a microhistorias y *mentalités* antropologizadas, experimentado por Le Roy Ladurie en la década anterior, como una prueba clara de la «desintegración de la creencia en una interdisciplinariedad unificada», que había constituido la piedra angular de la Escuela de los *Annales*⁷. Se refería, por supuesto, a los estudios de Le Roy Ladurie sobre el «pasado existencial»: *Montaillou, village occitan* (1975), la conocidísima biografía de una aldea cátara de los Pirineos en el siglo XIV, y *Le Carnaval de Romans* (1980), un complejo estudio sobre una masacre perpetrada en el siglo XVI. En opinión de Hunt, estos libros señalaban un alejamiento respecto al marco científico social –demográfico y económico– de *Les paysans de Languedoc* (1966).

Pero cualquier «ruptura epistémica» en la obra de Le Roy Ladurie durante la década de 1970 es un espejismo. Si bien lo que estaba usando en ese momento era un microscopio para estudiar pequeños entornos históricos, Hunt se equivocaba al sugerir que había abandonado su viejo telescopio⁸. En la década de 1970 también escribió un macrotrabajo, «Les masses profondes: la paysannerie», parte del primer volumen de *Historie économique et sociale de la France* editada por Braudel y Labrousse, que se publicaría más tarde por separado en versión inglesa con el título de *The French Peasantry 1450-1660*. De igual modo, aportó una reveladora etnografía sobre la vida cotidiana de los campesinos en Francia durante el *ancien régime* a una síntesis igualmente monumental, *Histoire de la France rurale*, y escribió en colaboración con Joseph Goy un libro sobre

⁶ «An Interview with Jacques Le Goff», *Historical Reflections/Réflexions Historiques*, vol. 21, núm. 1, invierno de 1995, p. 160.

⁷ L. Hunt, «French History in the Last Twenty Years: The Rise and Fall of the *Annales* Paradigm», cit.

⁸ La metáfora es de Eric Hobsbawm. Respondiendo a la acusación lanzada por Lawrence Stone de que los historiadores estaban abandonando la teoría social por la narrativa, Hobsbawm señaló la «notable ampliación del campo de la historia en los pasados veinte años» y rechazó específicamente la idea de que *Les paysans de Languedoc* (París, 1966) y *Montaillou, village occitan* (París, 1975) representasen formas de discurso histórico opuestas: «Mientras aceptemos que estamos estudiando el mismo cosmos, la elección entre microcosmos y macrocosmos es cuestión de seleccionar la técnica adecuada. Es significativo que en la actualidad haya más historiadores que encuentran útil el microscopio, pero esto no significa necesariamente que rechacen los telescopios por considerarlos desfasados», Eric Hobsbawm, «The Revival of Narrative: Some Comments», *Past and Present*, núm. 86, febrero de 1980, pp. 5, 7.

los diezmos como medidas de la producción agraria, que incluye un ensayo crucial que revisa y amplía los argumentos utilizados en *Les paysans de Languedoc*. Otro libro, *Anthropologie du conscrit français*, fue un intento muy ingenioso, aunque no completamente logrado, de explorar las diferencias de clase y geográficas en la salud nacional mediante comparaciones de la talla de los reclutas en el ejército francés. También editó varias antologías de investigación y publicó una docena de importantes artículos sobre historia económica y climática, todos cuantitativos y en el mejor espíritu de interdisciplinariedad de los *Annales*. Lo que distingue su obra entre 1970 y 1985 no es un cambio drástico en la agenda de Le Roy Ladurie, sino la asombrosa capacidad para aplicar dicha agenda en tantos frentes al mismo tiempo. Hunt, que debería haberse dado cuenta, confundió la complejidad cromática de esta paleta con el eclecticismo maniático o, peor, con el «giro cultural».

Las microhistorias de Le Roy Ladurie elaboraban de hecho temas presentes en *Les paysans de Languedoc*. Una breve narración de la masacre de jóvenes artesanos perpetrada en Romans en el carnaval de 1580 formaba parte de un capítulo sobre las luchas de clase de los pobres incluido en dicho libro, mientras que *Montaillou, village occitan* –el inesperado aluvión de exploraciones de archivo⁹– continuaba la investigación sobre las condiciones que convertían a las aisladas sociedades montañosas del Languedoc en tales semilleros de herejía y *pensé sauvage*. Los diferentes niveles de análisis de *Les paysans de Languedoc*, desde lo meteorológico a lo fiscal, son discretos no solo en escala, sino también en cuanto epistemologías, pero este reconocimiento no hace sino restablecer el diseño original del libro como una «historia total», que moviliza un espectro de perspectivas. Y el estudio de las *mentalités*, lejos de ser un marco conceptual innovador en la década de 1970, formaba de igual modo parte del arsenal de *Annales* desde el famoso análisis de Marc Bloch sobre la creencia popular en el poder curativo de la imposición de manos real contenido en *Les rois thaumaturges*, publicado en 1924, mientras que el propio término procedía de Georges Lefebvre. Le Roy Ladurie tomó, asimismo, metodologías propias de la antropología y el psicoanálisis para explorar la *mentalité* de la Reforma en el Midi y sus descontentos. En su extraordinario estudio sobre cómo se convirtió Cévennes –una

⁹ Para ser precisos, «descubrió» a Jean Duvernoy, un estudioso local, que ya había publicado los tres volúmenes de interrogaciones en latín editados por Jacques Fournier, más tarde papa Benedicto XII. Le Roy Ladurie narra de manera bastante dudosa, en «Immobile History: An Interview with Emmanuel Le Roy Ladurie», cit., p. 19, cómo acabó atribuyéndosele en gran parte el descubrimiento.

escarpada área del sureste del Macizo Central– en un baluarte calvinista en el siglo XVI y después estalló en una «histeria profética» (la revuelta de los *camisards*) a finales del siglo XVII, por ejemplo, invoca la represión sexual y sus neurosis. Desde comienzos de la década de 1960, en otras palabras, Le Roy Ladurie había sentado ya a su mesa a Charcot, Freud y Lévi-Strauss, así como a Marx, Ricardo y Malthus.

La calificación cada vez más común de *Montaillou, village occitan* y otros estudios de caso concretos como un alejamiento del estructuralismo y del paradigma braudeliano, le dolía considerablemente. «Después de todo», le reprendía a uno de sus críticos, «¿qué puede haber más cercano a la historia antropológica ideal, cultivada por los *Annales*, que la historia de una aldea?»¹⁰. Tampoco pidió disculpas por su constante inventiva interdisciplinar; después de todo, la *raison d'être* semioficial del proyecto de los *Annales* era el diálogo creativo con todas las ciencias sociales y naturales. Un ejemplo extraordinario fue un libro publicado en 1980, *L'argent, l'amour et la mort en Pays d'Oc*, en el que convocaba a Lévi-Strauss, Bajtín y un ejército de folcloristas para que le ayudasen a esclarecer el sistema de creencias mágicas expresado en *Histoire de Jean-l'on-pris*, la icónica novela corta occitana. «Quizá la cualidad más brillante de Le Roy Ladurie», observaba Robert Forster en una evaluación publicada en 1982 en *The American Historical Review*,

sea su capacidad de relacionar nuevos tipos de fuentes con disciplinas ajenas a la historia tradicional. Estas fuentes incluyen datos meteorológicos, registros parroquiales, series de rentas y producción, estadísticas de sanidad y delincuencia, así como tradiciones orales, mitos y costumbres locales. Las ha extraído y modelado con herramientas obtenidas de las disciplinas vecinas de la demografía, la economía, la historia médica, y la sociología, la antropología y la psicología social.

Aun cuando su anticomunismo se volvió más virulento a finales de la década de 1970, siguió manejando con fluidez el lenguaje propio del marxismo no dogmático o, como a menudo él prefería llamarlo, el materialismo histórico. En la reseña sobre un libro explícitamente marxista de Guy Bois, *Crise du féodalisme* (1976), titulada «En Haute-Normandie: Malthus ou Marx?», establecía la práctica identidad de los resultados y las conclusiones de ambos, dando a entender que el que uno dijese Malthus y el otro Marx era equivalente al «you like “tomeitos”, I like “tomatos”» de

¹⁰ E. Le Roy Ladurie, «Response to Laurence Brockliss», *Reviews in History*, julio de 2009.

Gershwin¹¹. De modo similar, en una breve pero ecuánime respuesta a la crítica sobre el «paradigma neomaltusiano» publicada por Robert Brenner en *Past and Present*, rechazaba con precisión la acusación de que en su estudio sobre la sociedad campesina la demografía simplista hubiera eliminado el análisis de clase. Coincidió con Brenner en que la Inglaterra de comienzos de la Edad Moderna mostraba una «evolución del señorialismo al capitalismo» que, en general, no se produjo en la Francia borbónica, pero señalaba otro modo de modernización agrícola: la revolución de la producción agrícola no señorial que se alcanzó en Cataluña, Flandes y Holanda¹². La reseña del libro de Bois y la respuesta a Brenner revelaban el marxismo oculto, que aún proporcionaba un marco esencial a sus estudios sobre la Francia rural.

Cambio de clima

A finales de la década de 1980, sin embargo, sus escritos cambiaron repentinamente de tono y enfoque, alejándose de las hambrunas, los campesinos y las brujas para centrarse en la política y en las personalidades del *ancien régime*. Este cambio de interés coincidió, de manera sugerente, con su propia elevación a la periferia del poder en los tormentosos años de «cohabitación» de Mitterrand con Chirac y después con Balladur. En 1987 fue nombrado administrador general de la venerable pero obsoleta Biliothèque Nationale, y pronto se vio involucrado en la batalla suscitada por el plan de Mitterrand de construir una nueva biblioteca colosal en el 13^o arrondissement: el último de los *grands desseins* de su régimen y el único que acabaría llevando el nombre del presidente. Le Roy Ladurie esperaba convertirse en «papa» de este nuevo Vaticano de la historia francesa, pero fue cesado en 1994 por desavenencias en cuanto a su faraónico diseño. En los dos primeros años de trabajo en la Biliothèque Nationale, por otro lado, había estallado una guerra entre historiadores por el bicentenario de la Revolución Francesa, en la que los *enragés* liberales, liderados por François Furet, organizaron un juicio espectáculo a los intelectuales de izquierda, a quienes acusaban de situarse a la sombra «genocida» de los jacobinos. Esta era la atmósfera polarizada, con la caída del Muro de Berlín como telón de fondo, en la

¹¹ E. Le Roy Ladurie, «En Haute-Normandie: Malthus ou Marx?», *Annales*, vol. 33, núm. 1, 1978.

¹² E. Le Roy Ladurie, «A Reply to Robert Brenner», en Trevor Aston y Charles Philpin (eds.), *The Brenner Debate: Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe*, Cambridge, 1985, pp. 101-106 [ed. cast.: *El debate Brenner. Estructura de clase agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, Barcelona, 1988].

que Le Roy Ladurie escribió dos ambiciosos libros sobre la historia política del *ancien régime*: aportaciones ambos a una versión completamente nueva de la clásica *Histoire de France Hachette*.

Este proyecto era difícil de reconciliar hasta con la definición más generosa del «espíritu de los *Annales*». Algunos celebraron la «vuelta de Le Roy Ladurie al acontecimiento», mientras que otros calificaron estos libros de poco más que apología revisionista del absolutismo borbónico. El segundo volumen –*L'Ancien Régime, 1610-1770*– fue especialmente controvertido¹³. William Doyle, que confesó considerar a Le Roy Ladurie «la mente más vital de la historia francesa de este siglo», se mostró consternado ante «su admiración por los logros del absolutismo»: «Nadie que conociese su obra habría podido creer que fuera a consentir jamás en convertirse en mero cronista» del poder¹⁴. Laurence Brockliss, profesor de historia en Oxford, se preguntaba en su reseña si en esta «obra profundamente contraria al espíritu de la Escuela de los *Annales*» Le Roy Ladurie no había «vendido por completo su alma a los diablos de la Académie de Richelieu»: «Este no es solo un estudio “desde arriba” de la Francia de los siglos XVII y XVIII, sino también una obra que repetidamente hace lo posible por presentar a los reyes y a sus ministros bajo la mejor luz posible. Quizá Richelieu, Mazarino y Colbert hubieran metido la mano hasta el fondo de la caja, pero no dejaban de ser los promotores de la paz y la prosperidad internas: la razón de Estado, la centralización y el absolutismo fueron medios para alcanzar un buen fin»¹⁵.

La respuesta de Le Roy Ladurie a la reseña de Brockliss era a un tiempo graciosa e insincera: «Brockliss me acusa de ser una especie de dinosaurio tocquevilliano. El comentario, aun siendo inmerecido, no me desagrada. Permítaseme devolverle el cumplido diciendo que él es una especie de bismarckiano amigable o superviviente marxista». Rechazaba todas las acusaciones de estar presentando nuevas agendas, de mantener simpatías con el diablo o de desertar de la senda braudeliana, y

¹³ E. Le Roy Ladurie, *L'État royal: de Louis XI à Henri IV, 1460-1610*, París, 1987 [ed. ing.: *The Royal French State, 1460-1610*, Oxford, 1994]; *L'Ancien Régime: de Louis XIII à Louis XV, 1610-1770*, París, 1991 [ed. ing.: *The Ancien Régime: A History of France, 1610-1774*, Oxford, 1991].

¹⁴ William Doyle, «Review: *The Ancien Régime*», *English Historical Review*, vol. 113, núm. 452, junio de 1998, p. 739.

¹⁵ Laurence Brockliss, «Review of *The Ancien Régime*», *Reviews in History*, julio de 2009. Obsérvese que tanto la reseña sobre el libro como la respuesta de Le Roy Ladurie se publicaron diecinueve años después de que se publicase la edición original en francés. ¡Para qué hablemos de la lentitud de la historia!

señaló los innumerables «datos estructurales» interpelados en el relato. Pero no fue completamente convincente, en especial en el contexto de una designada «historia de Francia» y no una historia del Estado o la monarquía. *L'Ancien Régime, 1610-1770* es, para ser justos, un libro fascinante, incomparablemente astuto en su presentación del laberinto de retos internos y externos afrontados por los sucesivos Borbones y sus cardenales-ministros, casi alborozado en el juego con las paradojas de la época, pero se ocupa más de dismantelar las «leyendas negras» acerca de la monarquía que de juzgarla por las enormes bajas humanas causadas. Viniendo del historiador que ayudó a inventar nuevas formas de historia de la gente común en las décadas de 1960 y 1970, está sorprendentemente desprovista de cualquier dialéctica entre las perspectivas «desde arriba» y «desde abajo». (La dialéctica está de hecho rotada noventa grados para convertirse en un relato de «aperturas» y «cierres» de oportunidades para la autorreforma liberal dentro del *ancien régime*). En su conclusión, Le Roy Ladurie explicaba asimismo que estaba sentando las bases para el siguiente volumen de la serie de Hachette, *La Révolution 1, 1770-1880* de François Furet, «el complemento lógico, y de primera importancia, a [mis] dos volúmenes»¹⁶.

¿Qué faltaba por decir, excepto que Le Roy Ladurie se había convertido en miembro pleno de la llamada galaxia de intelectuales antitotalitarios y antiestructuralistas? O quizá no. Las historias políticas fueron pronto seguidas por *Saint-Simon ou le système de la Cour* (1997), otra gran obra sobre la nobleza y el poder que claramente renovó su pertenencia a los *Annales*. En este libro, la perspectiva es a un tiempo más familiar y más original. Culminación de sus microhistorias (y complemento ideal de *La prise de pouvoir par Louis XIV*, la película estrenada por Roberto Rossellini en 1966), esta brillante etnografía de la sociedad cortesana explora las principales categorías de la mente aristocrática: jerarquía, legitimidad y conspiración. Usando como fuente principal las voluminosas (y escandalosas) memorias del duque de Saint-Simon, Le Roy Ladurie anatomizaba la sociedad de la nobleza en Versalles con desapego científico, como Lévi-Strauss cuando estudió la tribu de los nambikwara del Mato Grosso. Aunque también adoptó una visión revisionista y en general positiva de la regencia orleanista, e insinuaba de manera contrafáctica que se dieron aperturas episódicas hacia un monarquismo liberal à l'*anglaise*, equilibraba simbólicamente la imagen recomendando una visión de «contrapunto plebeyo» sobre el periodo: *Les années de la misère: La*

¹⁶ E. Le Roy Ladurie, *The Ancien Régime: A History of France 1610-1774*, cit., p. 473.

famine au temps du Grand Roi de Marcel Lachiver, un libro con más probabilidades de convertir al lector en airado jacobino que en neoliberal¹⁷.

Su trayectoria antigaláctica continuó a finales de la década de 1990 tras retirarse del Collège de France, donde había sucedido a Braudel. En lugar de seguir el éxodo neoliberal de la historia social y material, retomó una de sus primeras pasiones: el estudio del tiempo atmosférico como parte de la ecología de la agricultura tradicional, el tema de *Histoire du climat depuis l'an mil*, su innovador libro de 1967. El resultado a finales de la década de 2000 fue la monumental trilogía de *Histoire humaine et comparée du climat*, que teje muchas investigaciones nuevas en un relato panorámico sobre la función desempeñada por la variabilidad del clima en la historia francesa y europea occidental desde el siglo XIV¹⁸. En la década de 1950, cuando Le Roy Ladurie comenzó a sumergirse en los archivos de Montpellier y Avignon, solo Braudel y Labrousse mostraron entusiasmo ante su propuesta de investigar la relación entre el clima y la producción agrícola como parte de su tesis doctoral sobre el campesinado del Languedoc. Otros amigos y colegas se mofaron de su interés por la historia climática. Hoy, todos los investigadores de los registros de vendimias, precios de los cereales e inquietos glaciares alpinos afirman que Le Roy Ladurie fue el padre fundador de la climatología histórica, así como una continua inspiración para su especialidad. Pero algunos historiadores académicos, tanto de izquierda como de derecha, siguen burlándose de su investigación sobre el clima, tachándola de «falsa historia» o de mera especulación¹⁹. Entre los historiadores marxistas, sin embargo, Guy Lemarchand aplaudió cálidamente a Le Roy Ladurie por

¹⁷ Le Roy Ladurie, sin embargo, ya no considera muy significativa la polaridad entre izquierda y derecha. Por el contrario, él y otros antiguos intelectuales de izquierda se han apropiado de *The Open Society and Its Enemies*, de Karl Popper, para crear una nueva oposición binaria de apertura/cierre en la que «ouverture» es a un tiempo sinónimo de liberalismo (la caída del comunismo) y/o de tolerancia (el Edicto de Nantes). Este truco semántico permite a Enrique IV y a Gorbachov cantar en el mismo coro celestial. Véase Emmanuel Le Roy Ladurie (ed.), *Ouverture, société, pouvoir*, París, 2005.

¹⁸ Emmanuel Le Roy Ladurie, *Histoire humaine et comparée du climat*, vol. I, *Canicules et glaciers, XIIIe-XVIIIe siècles*, París, 2005; vol. II, *Disettes et révolutions, 1740-1860*, París, 2006; vol. III, *Le réchauffement de 1860 à nos jours*, París, 2009. *Les fluctuations du climat de l'an mil à aujourd'hui*, París, 2011, es tanto una sinopsis de la trilogía como una sustancial actualización. Quizá sería entonces más preciso hablar de trilogía y media.

¹⁹ Emmanuel Garnier, «Fausse science ou nouvelle frontière? Le climat dans son histoire», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, núm. 57, 2010, p. 7. Jean-Yves Grenier, historiador económico de la École Polytechnique, negó la posibilidad de reconstruir la meteorología anterior a 1700: *L'économie de l'Ancien Régime*, París, 1996, pp. 279-286.

«volver a poner la historia sobre sus pies» (pasando por el estómago) en tanto que ofrecía nuevas perspectivas sobre las dificultades para subsistir durante el *ancien régime*²⁰.

La trilogía ofrece poco consuelo a quienes estuviesen ansiosos por embalsamar los pensamientos de Le Roy Ladurie en una u otra categoría simplista u otra. En la academia, al menos, la batalla de las ideas en París ha empezado a contemplarse como un desfile de moda anual. «¿Qué gran nueva idea o causa farisaica desfilará por la pasarela de la Rue d'Ulm o la Place Marcelin Berthelot esta temporada?» La repentina aparición de Le Roy Ladurie con anticuada vestimenta propia de la década de 1960 causa desconcierto. ¿Ha lanzado una inteligente antitendencia o simplemente ha caído en la nostalgia? ¿O solo nos está recordando lo que dijo en la famosa conferencia inaugural pronunciada en el Collège de France en 1973? «Se oyen rupturas epistemológicas chasqueando en todas las direcciones y los bajos de las faldas pasan de la rodilla al tobillo y viceversa: el historiador de los *Annales* estará ahí, añadiendo imperturbable columnas de cifras»²¹

Paix des braves?

Si Le Roy Ladurie, ahora cercano a los 90 años, sigue siendo ardientemente un galimatías, le encanta no obstante dar pistas. En 2008 aclaró algunas de sus opiniones actuales en una sincera conversación que mantuvo con dos importantes colaboradores de *Annales historiques de la Révolution française* (AHRF), una revista que muchos consideran la última bandera roja que ondea en el mundo académico francés. Guy Lemarchand y Karine Rance le plantearon dos aspectos importantes²². Primero, Lemarchand –que todavía escribe ocasionalmente para *L'Humanité*– le preguntó a Le Roy Ladurie –que más tarde respaldó a Sarkozy– si apoyaría un alto el fuego honorable (*paix des braves*) entre los historiadores franceses, en especial los que todavía reivindicaban, de una forma u otra, el compromiso con la síntesis histórica propio de la década de 1960. (Tanto Le Roy Ladurie como Lemarchand habían sido alumnos en la década de 1950 del gran historiador económico y antiguo

²⁰ Guy Lemarchand, «Une histoire de l'essentiel: le climat et les récoltes», *Annales de Normandie*, vol. 57, núm. 1-2, 2007, p. 192.

²¹ «History That Stands Still» [«L'histoire immobile»], en E. Le Roy Ladurie, *The Mind and Method of the Historian*, Chicago, 1981 (selecciones de *Le territoire de l'historien*, vol. 2, París, 1978).

²² G. Lemarchand *et al.*, «Regards croisés», cit., *passim*.

socialista Ernest Labrousse). En segundo lugar, Rance, una joven historiadora de Clermont-Ferrand, preguntó con agudeza cuál era la razón de ser de la trilogía de Le Roy Ladurie y las afirmaciones que en ella se hacen sobre el impacto del clima en las economías campesinas tradicionales.

Le Roy Ladurie abordó el primer punto desligándose del «frío desprecio» que los historiadores neoliberales muestran hacia los AHRF y la tradición investigadora de Albert Mathiez, Georges Lefebvre y Albert Soboul. Aun siendo conservador en sus puntos de vista políticos, afirmaba sentirse «mucho más cómodo con los partidarios de los AHRF» que con el «fanatismo estratosférico y descarnado de los nuevos historiadores, que persiguen el vuelo de las ideas hasta la capa de ozono». Ensalzaba, por contraste, el innovador trabajo de Edward Thompson sobre las crisis de subsistencia, las revueltas del pan y la participación de las mujeres plebeyas en dichas protestas. De manera similar citó a Jean Nicolas, cuyo monumental estudio sobre *La rebellion française: mouvements populaires et conscience sociale, 1661-1789* podría considerarse un homólogo francés de las obras de Thompson y Eric Hobsbawm. También elogió al medievalista afroestadounidense William Chester Gordon por su historia sobre la hambruna apocalíptica de 1314-1315, y al «antiguo republicano laico» Marcel Lachiver por sus *Années de misère*. Entre otros *compatriotes* de izquierda que siguen labrando la rica marga de la historia rural francesa, reconoció su deuda particular con Guy Bois, Alain Croux y el propio Lemarchand. «Y detrás de todos estos, tan a menudo olvidada», añadió para máxima sorpresa, «está la gran teórica de la acción espontánea de las masas, Rosa Luxemburg, de quien soy uno de los pocos que siguen cultivando su memoria». Respecto a su admiración personal por Furet, afirmó que nunca había respaldado completamente la historiografía de su amigo²³. «La suya era una lealtad a una historia puramente política, mientras que a mí me interesa la historia rural, la etnología, la ecología y en especial el clima. Mezclo las perspectivas de la meteorología, la historia económica y social, de lo apolítico así como de lo político». En resumen, «soy y seguiré siendo un viejo historiador de la *École des Annales*»²⁴. De hecho, con su fidelidad al ideal de la «historia científica» y su renovada inversión en el original programa de la investigación cuantitativa, ¿no es el último *annaliste*?

²³ Esto es falso. Véase, por ejemplo, el elogio a los ataques de Furet contra la tradición revolucionaria en E. Le Roy Ladurie, *The Ancien Régime: A History of France, 1610-1770*, cit., p. 473.

²⁴ G. Lemarchand *et al.*, «Regards croisés», cit., pp. 178-181.

Analizando la trilogía, Rance expresaba un afilado escepticismo respecto a la idea de tratar el clima como variable independiente en la historia económica y no como parámetro secundario, o incluso como ruido rojo. Su pregunta, a la que volveremos, cuestionaba con resolución la importancia de todo el proyecto de *Le Roy Ladurie*:

¿Puede considerarse verdaderamente que la «repetición del accidente meteorológico da estructura» a la sociedad agraria? Sin duda, el que un ciclo de malas cosechas/subida de precios/ revueltas del pan se repita no exige necesariamente que los accidentes climáticos compartan una periodicidad o ningún otro tipo de regularidad. De modo que al convertir el clima en una de las variables de estos ciclos [socioeconómicos], ¿no existe el riesgo de superponer temporalidades del mundo natural, ciclos que son totalmente exógenos, y de conferir solo una importancia aleatoria a la variable fundamental?

Le Roy Ladurie, eludiendo la verdadera pregunta, aceptó que las grandes pérdidas de cosechas, ya sean resultado de la sequía, el frío o las inundaciones, eran sucesos extremos que ocurrían de manera irregular; no obstante, también revelaban las capas más profundas de una formación social: «La crisis de subsistencia es a la historia social lo que la supernova a la astronomía: una luz cósmica que ilumina toda la historia que precede y sigue a la catástrofe. Tampoco las supernovas se producen a intervalos regulares, pero exponen los procesos estelares profundos y por eso causan un interés tan extraordinario. Lo mismo puede decirse de las crisis de subsistencia y los grandes episodios de mortalidad». Cuando Lemarchand se quejó de los incesantes intentos de los historiadores conservadores y neoliberales de «romper los lazos dialécticos entre las diferentes instancias de la totalidad social», como entre política y propiedad, Le Roy Ladurie reafirmó el concepto de «modo de producción», pero propuso ampliarlo: «yo simplemente insertaría la naturaleza y las fluctuaciones climáticas en las fuerzas de producción». Observó deliberadamente que llevaba planteando más o menos el mismo argumento desde hacía cincuenta años y se preguntó por qué tantos marxistas pasaban por alto las condiciones naturales variables de la producción. Dio a entender de manera irónica que quizá eran menos marxistas de lo que imaginaban y que una verdadera interpretación materialista de la historia siempre necesitaría un meteorólogo²⁵.

²⁵ Respecto a este tema, Le Roy Ladurie es de hecho el mejor marxista. En su crítica a la economía política, Marx atacaba simultáneamente las teorías del valor que cosificaban la capacidad de automovimiento del capital negando el sustrato natural de la producción, y el pesimismo especular de los economistas que temían que los

Algunos marxistas han asumido, de hecho, esta definición más amplia del modo de producción. Le Roy Ladurie reconoció al propio Lemarchand como una excepción importante, junto con el gran medievalista Guy Bois. Fuera de Francia, habría podido enumerar más. Entre los marxistas de habla inglesa, probablemente sea el historiador canadiense Wally Seccombe quien más se acerca al punto de vista de Ladurie. En un importante libro titulado *A Millennium of Family Change*, Seccombe advertía que dejar las materias primas y las dotaciones geográficas, incluido el clima, «fuera de una concepción de los medios de producción es separar las fuerzas productivas de la naturaleza, reintroduciendo esta última desde fuera como una consideración periférica. Es un error fatal, puesto que sitúa el modo de producción “por encima” de una plantilla natural, en lugar de integrarlo *en* la naturaleza, como en realidad están todos los modos de producción»²⁶.

La historia sin «hombres»

El famoso meteorólogo británico Reginald Stucliffe (meteorólogo jefe en la campaña de la RAF contra Alemania) describió en una ocasión el estudio del cambio climático «como un laberinto de la ciencia en el que uno entra por su cuenta, corriendo el riesgo de nunca salir con vida». Le Roy Ladurie entró, en consecuencia, con entusiasmo pero también con gran cautela. Cuando entendió las limitaciones y los potenciales de los archivos existentes, así como los peligros de combinar tendencias en regiones con climatología inherentemente distinta, como el norte y el sur de Francia, adoptó una estrategia de investigación que muchos considerarían innecesariamente conservadora y frustrantemente carente de resultados a corto plazo. Él postergó, al menos en principio, la comprobación de hipótesis acerca de la influencia del clima en la historia francesa de comienzos de la Edad Moderna hasta haber reunido datos fiables de temperaturas y precipitaciones anuales para el periodo preinstrumental.

recursos finitos –la tierra cultivable en el caso de Ricardo, el carbón para Jevons– planteaban límites supremos a la acumulación. La naturaleza, incluido el clima, es en *El capital*, por consiguiente, una fuente coigual, junto al trabajo concreto, de valor de uso, pero al mismo tiempo una mera restricción relativa a la expansión del valor de cambio. Es claramente, sin embargo, una fuerza de producción en cualquier modo de producción. En *La ideología alemana*, Marx y Engels habían resaltado que conocían «solo una única ciencia, la *ciencia de la historia*. La historia puede mirarse desde dos lados y dividirse en historia de la naturaleza e historia de los hombres. Los dos lados son, sin embargo, inseparables; la historia de la naturaleza y la historia de los hombres dependerán una de otra mientras los hombres existan», *Marx-Engels Collected Works*, volumen 5, Londres, 2010, p. 28.

²⁶ Wally Seccombe, *A Millennium of Family Change*, Londres y Nueva York, 1995.

«L'histoire du climat» ha tenido, en consecuencia, desde el comienzo dos significados cuidadosamente distintos en su obra, el segundo de los cuales depende de la madurez del primero²⁷. En un influyente artículo publicado en 1959, Le Roy Ladurie sostenía que la única forma de salir del callejón de una historia del clima más antigua fundamentalmente basada en la anécdota, la hipótesis y la mala lógica era «acudir a métodos de estudio climatológico, biológicos, o al menos de estadística histórica», era «descartar desde el comienzo cualquier idea preconcebida» para llegar a una «rigurosa serie anual de datos meteorológicos»: «una vez dado este paso preliminar y aislado e identificado el factor climático, el historiador puede proceder a intentar determinar la posible influencia de este factor en la vida de los hombres»²⁸

Seis años más tarde, planteó la prioridad de reunir «una historia *pura* del clima con el objetivo de establecer una línea básica de series y datos climáticos sin elaborar, necesarios para pasar a una *segunda* serie: los factores ecológicos, las influencias humanas sobre el clima, etcétera»²⁹. Aunque episodios meteorológicos extremos, como la gran sequía de 1680 y el invierno ártico de 1709, figuraban de manera destacada en su historia del Languedoc, suspendió el juicio respecto a si se adaptaban a un patrón de cambio climático más amplio y no aleatorio, como la llamada Pequeña Edad de Hielo. En *Histoire du climat depuis l'an mil*, este condicionamiento crucial vuelve a enmarcar su método. Las pruebas documentales,

siempre que hayan sido examinadas críticamente y debidamente traducidas a términos cuantitativos, pueden servir de material primordial para el historiador del clima, a condición, por supuesto, de que trabaje a través de la historia de los varios factores meteorológicos propiamente dichos: temperatura, pluviosidad y, además, cuando sea posible, viento y presión atmosférica, insolación y nubosidad. *Solo con estas condiciones puede una historia del clima ficcionalizada convertirse en historia científica del clima, al igual que la alquimia acabó finalmente convirtiéndose en química*³⁰.

²⁷ Una bibliografía completa de la investigación y los escritos de Le Roy Ladurie sobre la historia climática hasta 2011 está disponible en la página digital de la Bibliothèque Nationales de France: www.bnf.fr/documents/biblio_leroy_ladurie_climat.pdf.

²⁸ E. Le Roy Ladurie, «Histoire et climat», *Annales*, vol. 14, núm. 1, 1959 («History and Climate»), en Peter Burke (ed.), *Economy and Society in Early Modern Europe: Essays from the Annales*, Londres, 1972, p. 138).

²⁹ Emmanuel Le Roy Ladurie, «Le climat des XI^e et XVI^e siècles: séries comparées», *Annales*, vol. 20, núm. 5, octubre de 1965, p. 918.

³⁰ La cursiva es mía. E. Le Roy Ladurie, *Times of Feast, Times of Famine: A History of Climate Since the Year 1000*, Garden City (NY), 1971, p. 18 (traducción revisada de

Es difícil concebir cómo puede este contraste fundamental y a menudo repetido entre la recopilación y la interpretación de datos, por una parte, y su posible aplicación al estudio del pasado, por otra, confundir a cualquiera; literalmente apuntala los primeros escritos de Le Roy Ladurie sobre el clima. La primera fase de la investigación (¿deberíamos denominarla «el clima en sí»?) se considera hoy *climatología histórica*: una importante subdisciplina científica que usa fuentes documentales –fechas de cosechas, registros de los glaciares alpinos, diarios meteorológicos, etcétera– para elaborar series temporales meteorológicas tanto de carácter local como regional. Cuando dichos registros se superponen con el periodo instrumental (desde 1657 en Inglaterra) es posible calibrar su precisión relativa, como se lleva décadas haciendo con indicadores naturales como los anillos de los árboles, los testigos de hielo y los sedimentos lacustres³¹. Más recientemente se han usado indicadores naturales sustitutivos de alta calidad para comprobar directamente la veracidad de los datos de archivo.

Sin embargo, en *Histoire du climat depuis l'an mil* (1967), publicado la temporada siguiente a los *Escritos* de Lacan y *Las palabras y las cosas* de Foucault, en el momento culminante de lo que Pierre Daix denomina la «explosión estructuralista», Le Roy Ladurie oscureció esta clara distinción entre la climatología histórica y su futura aplicación a los estudios históricos con desafortunadas hipérboles adaptadas a las bandas de frecuencia que estaban de moda en París³². Así, abogaba por «la construcción de una historia climática pura, libre de preocupación o presuposición antropocéntricas»: «Convertir al historiador –exclamaba– en mero especialista en la humanidad es mutilarlo»³³. Aunque solo estaba parafraseando la conocida orden de Braudel de que «las realidades sociales deben abordarse *en sí mismas y por sí mismas*» y no solo como telones

Histoire du climat depuis l'an mil, París, 1967) [ed. cast.: *Historia del clima desde el año mil*, México DF, 1991].

³¹ «Los indicadores naturales sustitutivos representan cualquier prueba que pueda utilizarse para inferir el clima. Incluyen, en general, las características y composiciones constitutivas de las capas anuales de los casquetes polares, los árboles y los corales; el material almacenado en los sedimentos oceánicos y lacustres (que incluyen componentes biológicos, químicos y minerales); los registros de niveles de los lagos; y ciertos documentos históricos»: Soroosh Sorooshian y Douglas Martinson, «Proxy Indicators of climate», en *Natural Climate Variability on Decade-to-Century Time Scales*, Washington DC, 1995, p. 490.

³² Pierre Daix, *Braudel*, París, 1995, p. 365. Daix proporciona una fascinante explicación de los sucesivos impactos del estructuralismo de Althusser, Lacan y Foucault, seguidos por mayo de 1968, en la Sección Sexta de la École Pratique des Hautes Études.

³³ E. Le Roy Ladurie, *Times of Feast, Times of Famine*, cit., pp. 20, 22.

de fondo del relato³⁴, sus declaraciones se interpretaron en general como provocativos lemas ultraestructuralistas, al estilo de la afirmación lacaniana de que «las estructuras han descendido a las calles» o del aplauso de Althusser al «antihumanismo» teórico. Esta interpretación fue reforzada cuando en 1973 usó «Historia sin hombres» como encabezamiento de la sección dedicada al clima en la antología titulada *Le territoire de l'historien*, y dio a la icónica conferencia que pronunció ese año en el Collège de France el título de «L'histoire immobile», una expresión que sugiere connotaciones filosóficas radicales, cuando de hecho Le Roy Ladurie se refería a lo que otros historiadores –Goubert, por ejemplo– denominaban prosaicamente el «antiguo régimen demográfico»³⁵.

Como resultado de todo ello, se dio pábulo a la leyenda de que Le Roy Ladurie, al contrario que Marc Bloch y la tradición humanista original de los *Annales*, no solo expulsaba a la humanidad de la historia, sino que también entronizaba el dominio de un empirismo reaccionario que rechazaba el concepto mismo de cambio histórico. Se consideraba que tanto *Histoire du climat depuis l'an mil* como *Les paysans de Languedoc* materializaban esta árida epistemología, un falso rumor difundido tanto por historiadores como por periodistas. Stuart Clark, editor de una serie de comentarios críticos en cuatro volúmenes sobre la Escuela, de los *Annales* ha afirmado, por ejemplo, con total tranquilidad, que Le Roy Ladurie «se hizo famoso por proponer una historia sin personas, inmutable, dominada por el ordenador»³⁶. François Dosse, director de *Espaces Temps* y archienemigo de la historia cuantitativa, afirmaba de igual modo en su libro sobre los *Annales* que Le Roy Ladurie «completó un estudio histórico concreto sobre el clima desde el año 1000 sin tener al hombre como figura principal o secundaria. Estableció una periodización de cambios climáticos *per se* sin preocuparse por la repercusión de dichos cambios en la sociedad humana»³⁷.

³⁴ Fernand Braudel, «The Situation of History in 1950», en *On History*, Chicago, 1980.

³⁵ E. Le Roy Ladurie, *Territoire de l'historien*, vol. 1, París, 1973, p. 423. En una entrevista concedida en 1984, Braudel rechazaba la idea de «inmovilidad total» de la historia campesina, señalando que no era este su concepto de la *longue durée* –tomado de Marx– entendida como la actividad de estructuras que algún día se descompondrían o mutarían: véase P. Daix, *Braudel*, cit., p. 454-455.

³⁶ Stuart Clark (ed.), *The Annales School: vol. 4, Febvre, Bloch and Other Annales Historians*, Londres, 1999, p. xii.

³⁷ François Dosse, *New History in France: The Triumph of the Annales*, Urbana (IL), 1994, p. 159 [ed. orig.: *L'histoire en miettes: Des 'Annales' à la 'nouvelle histoire'*, París, 1987].

En cuanto a la descripción de *Histoire du climat depuis l'an mil* como ensayo de antihumanismo, una ojeada a unas cuantas páginas revelará de inmediato que está poblada de sujetos humanos y desastres sociales, y si Le Roy Ladurie propone una metodología que pospone el juicio sobre los impactos climáticos hasta haber verificado y estudiado los episodios propiamente dichos, es, como ya hemos visto, simplemente producido de su método científico. Al mismo tiempo, los críticos pasan paradójicamente por alto la principal vulnerabilidad del libro. Como recientemente admitía Le Roy Ladurie, el libro incumplió de manera flagrante las normas jesuíticas de su método, en especial la moratoria sobre la interpretación histórica. «Aunque mi libro se describía a sí mismo como “pura” historia física, no pude evitar aludir a la influencia del mal tiempo en las principales crisis de subsistencia. Sin admitirlo abiertamente, me estaba apartando de los límites de la historia pura autoimpuestos para llegar a una disciplina “impura” en la que los desastres meteorológicos y las catástrofes humanas se entremezclaban legítimamente»³⁸. No obstante, insiste en que su estrategia en dos fases seguía siendo el método racional. Para investigar con seriedad las consecuencias sociales del cambio climático era fundamental un gran avance en la climatología histórica³⁹.

Recopilación de datos

Debería recordarse que, cuando se publicó *Histoire du climat depuis l'an mil*, se estaba empezando a explorar la meteorología agrícola anterior a 1800 y la influencia de la variabilidad climática en la historia económica europea a comienzos de la Edad Moderna era puramente indiciaria. Había sorprendentemente pocas hipótesis importantes y estaban principalmente relacionadas con las manchas y los ciclos solares. En lo referente a la teoría científica, por su parte, Francia fue el último gran país que realizó la transición de la meteorología estadística a la dinámica, del mero registro de datos a la creación de modelos basados en la física, y en este contexto Le Roy Ladurie estaba a la vanguardia en la apreciación

³⁸ E. Le Roy Ladurie, *Naissance de l'histoire du climat*, París, 2013, p. 45.

³⁹ Emmanuel Garnier afirma que Le Roy Ladurie rechazaba «la idea de que exista un vínculo entre el cambio climático y la evolución socioeconómica» por su adhesión a «una versión del marxismo que cree que las “infraestructuras” de un modo de producción solo abarcan las relaciones sociales y la producción material». E. Garnier, «Fausse science ou nouvelle frontière?», cit., p. 9. Pero Le Roy Ladurie, aparte de mostrarse explícito acerca de los dos tipos de *histoire du climat*, difícilmente asumiría la misma idea —la exclusión de la dinámica natural de las fuerzas productivas— que Garnier estaba criticando con rotundidad.

de la revolución que desde comienzos de la década de 1940 se estaba produciendo en la ciencia meteorológica. Solo unos cuantos investigadores, principalmente de Gran Bretaña y Europa central, estaban explorando las posibilidades de reunir bases de datos preinstrumentales que pudieran ser interpretadas por los nuevos modelos físicos de regímenes meteorológicos y de cambio climático. Pero la síntesis real de la meteorología histórica y dinámica seguía muy lejana en el horizonte.

Aunque se podría conjeturar acerca de múltiples correlaciones seductoras, como la asociación de un tiempo meteorológico templado con las grandes roturaciones de tierras de comienzos de la Edad Media o la posterior influencia de los veranos fríos y húmedos en la prolongada crisis económica del siglo XVII, Le Roy Ladurie aconsejaba a los historiadores resistirse al canto de sirenas hasta obtener datos legítimos. «Estas son cuestiones fascinantes –escribió– pero difíciles de responder: las presuposiciones que implican no están claras y no se ha hallado aún el método correcto de abordarlas». Y hasta que se encontrase, no era posible abordar la cuestión decisiva: «¿Puede una diferencia *de la temperatura media secular inferior, o como máximo igual, a un grado centígrado influir en la agricultura y en otras actividades de la sociedad humana?*». Les estaba pidiendo de hecho a los historiadores que aceptaran un voto de celibato que él mismo rompía a veces: nada de relacionarse con interpretaciones climáticas generales de la historia hasta reunir y colocar en su lugar suficientes números fiables. Solo cuando se hubiesen establecido los cimientos cuantitativos en forma de serie temporal fiable de variables meteorológicas clave y, asimismo, después de identificar los mecanismos sinópticos (regionales) o incluso planetarios de la meteorología extrema, sería posible dar el salto de la historia del clima a la influencia del clima en la historia humana: «La historia climática se convertiría entonces en historia ecológica, preguntando si las fluctuaciones del clima –o, de manera más modesta, las breves fluctuaciones de la meteorología– han tenido impactos significativos en el hábitat humano; en las cosechas y, en consecuencia, en la economía; en las epidemias y enfermedades y, por consiguiente, en la democracia»⁴⁹.

El drama de la llegada de su reciente trilogía, casi cuarenta años después de la publicación de *Histoire du climat depuis l'an mil*, es que por fin ha

⁴⁹ E. Le Roy Ladurie, *Times of Feast, Times of Famine*, cit., pp. 292-293, 20-22. La gama de 1°C sigue siendo el cálculo más preciso de la varianza.

llegado este momento de interpretación histórica⁴¹. Le Roy Ladurie da finalmente el salto de la acumulación primitiva de datos a la síntesis histórica provisional, de la climatología histórica a la historia ecológica, es decir, «*histoire du climat*» en el segundo sentido. *Canicules et glaciers*, el primer tomo de *Histoire humaine et comparée du climat*, comienza con una declaración celebratoria:

Desde la aparición de *Histoire du climat depuis l'an mil* en 1967, la climatología histórica ha alcanzado su plena legitimidad gracias al trabajo de Christian Pfister, Pierre Alexandre, Van Engelen, Philip Jones y otros muchos investigadores. Los historiadores de moda no pueden ya tachar con sarcasmo la nueva disciplina de «falsa ciencia». El momento de burlarse terminó hace mucho y el trabajo actual aborda ahora la historia del clima humano considerando la repercusión de las fluctuaciones climáticas y meteorológicas sobre nuestras sociedades, en especial la producción agrícola y, en ciertos casos, las enfermedades epidémicas.

La importancia de la historia del clima preindustrial, por supuesto, se había transformado de manera completa e inesperada desde comienzos de la década de 1990, debido a la controversia sobre el calentamiento global y, en especial, la alegación planteada por los negacionistas de que los episodios extremos de finales del siglo xx encajan en los límites de anteriores fluctuaciones históricas. De repente, el pequeño jardín que Le Roy Ladurie y unos cuantos colegas habían cultivado en la oscuridad durante tantos años se convirtió en el Frente Occidental de las guerras sobre el clima, con equipos de investigación bien armados que desplegaban supercomputadoras para racionalizar conjuntos de datos y comprobar hipótesis acerca de las causas subyacentes de la variabilidad natural, como, por ejemplo, la importancia relativa de las erupciones volcánicas o los mínimos solares. La bibliografía sobre la investigación en temas como el Óptimo Climático Medieval o la Pequeña Edad de Hielo y el Mínimo Solar de Maunder creció casi de manera exponencial. Los espectaculares avances en el conocimiento de la influencia interanual de la Oscilación Meridional El Niño (ENSO) sobre las sociedades de los trópicos y los semitrópicos fomentaron, por su parte, las esperanzas de conseguir también descifrar cómo influyen las más inescrutables oscilaciones decenales y seculares en la meteorología del hemisferio norte templado. El crecimiento explosivo de la ciencia climática generaba de hecho más estudios, con sus correspondientes controversias, de los que los historiadores podían esperar asimilar.

⁴¹ E. Le Roy Ladurie, *Abrégé d'histoire du climat*, París, 2007 [ed. rev.: *Trente-trois questions sur l'histoire du climat: du Moyen Âge à nos jours*, París, 2010]; *Les fluctuations du climat de l'an mil à aujourd'hui*, cit.; *Naissance de l'histoire du climat*, cit.

La interfaz real entre los expertos históricos y los científicos –la red de especialistas verdaderamente bilingües en los debates a ambos lados de la divisoria– es muy pequeña (imagínese un diminuto puesto fronterizo de unas cuantas docenas de habitantes), y la renovación del proyecto braudeliano por parte de Le Roy Ladurie corre el riesgo de ser malinterpretada por los historiadores narrativos y los seguidores del pensamiento francés. Anouchka Vasak, una joven colega que lo ha entrevistado ampliamente, predecía que la trilogía de la *Histoire humaine et comparée du climat* será malinterpretada y considerada una *rupture épistémologique*, y no la culminación de un programa de investigación antiguo y relativamente coherente. «Si hubo un Marx anterior a los *Manuscritos de 1844* y otro posterior, la gente preguntará también si no hay un verdadero y un falso Le Roy Ladurie, historiador del clima»⁴². En esta interpretación, el Le Roy Ladurie que supuestamente expulsó a los humanos de la historia medioambiental en *Histoire du climat depuis l'an mil* pone ahora –casi dos generaciones después– el destino de la civilización en el mismísimo centro de dicha historia. Otro peligro es el de tergiversar la trilogía, considerándola poco más que una recopilación de datos útiles, un almanaque técnico. Aunque Le Roy Ladurie ha publicado hasta la fecha al menos tres epítomes de la obra más amplia, es improbable que sus mayores logros, incluidas la extraordinaria *calidad* de los datos –tanto de los episodios meteorológicos como de su contexto socioeconómico– y la cooperación interdisciplinaria que permite, sean legibles para lectores guiados solo por mapas conceptuales de la historiografía francesa. De igual modo, a aquellos principalmente familiarizados con la bibliografía científica tal vez les desconcierten las intrincadas controversias históricas que Le Roy Ladurie aborda.

2. ¿EL ÚLTIMO ANNALISTE?

La trayectoria recorrida por Le Roy Ladurie hacia este tema fue exclusivamente personal. Como ha explicado en entrevistas y en ensayos autobiográficos, su perdurable interés por la variabilidad climática y las crisis de subsistencia surgió del hecho de haber crecido en una explotación de ciento veinte hectáreas en Calvados, donde las inesperadas lluvias veraniegas destruían en ocasiones toda la cosecha que se estaba secando en los campos, incluida al menos en una ocasión la de su padre. Su clan normando estaba formado por destacados católicos, oficiales del ejército y

⁴² Anouchka Vasak, «Prefacio» a *Naissance de l'histoire du climat*, cit., p. 13.

orleanistas. Tras la Primera Guerra Mundial, en la que murieron seiscientos noventa mil campesinos franceses, su padre, Jacques, se convirtió en secretario general de la Union Nationale des Syndicats Agricoles (UNSA), un sindicato campesino católico que durante la Depresión creció hasta convertirse en el grupo agrario más poderoso de Francia⁴³. Defendía el proteccionismo y la reorganización corporativista de la agricultura, y se alió con los camisas verdes agrarios y abiertamente fascistas contra el gobierno del Frente Popular de Léon Blum⁴⁴. En su historia sobre el campesinado francés del siglo xx, Gordon Wright describió a activistas de la UNSA como Jacques Le Roy Ladurie como «una nueva generación de conservadores rurales que había empezado a destacar después de 1930: hombres que dirigían explotaciones agrarias de mediano o gran tamaño, o los hijos varones de dichos hombres; hombres que habían asistido a las escuelas superiores de agricultura (por lo general católicas); hombres que practicaban un sindicalismo agrario activo».

De pétainista a zhdanovista

Tras el colapso del país en 1940, el «campesinismo» y el «retorno a la tierra» se convirtieron en motivos centrales del nuevo orden, y «fue la UNSA la que proporcionó a Vichy su doctrina y buena parte de su personal». El triunfo del movimiento, pocos meses después de que Pétain, «*le Maréchal-paysan*» [el Mariscal campesino] tomase el poder, fue la creación de la monolítica Corporation Paysanne. Pero su objetivo de recentrar la vida francesa en torno a prósperas aldeas agrícolas se vio amenazado de inmediato por las exigencias de alimentos y trabajadores impuestas, cual plaga de langostas, por los alemanes⁴⁵. A los doce años, Emmanuel, un «*micropétainiste*» como se definiría a sí mismo, vio a su padre –durante un breve periodo ministro de Agricultura y Suministro de Alimentos de Vichy– luchando desesperadamente con las requisas alemanas para hacer durar (*faire la soudure*) las mermadas reservas de cereales de 1941 hasta la esperada cosecha de 1942. Este antiguo problema de *soudure* de una cosecha a la siguiente –el quid de cualquier crisis de subsistencia– se convertiría en un tema recurrente en sus historias. Aunque su padre dimitió del gobierno de Laval en protesta contra el reclutamiento de civiles franceses para el servicio de trabajo en

⁴³ E. Le Roy Ladurie, *Naissance de l'histoire du climat*, cit., pp. 23-79.

⁴⁴ Robert Paxton, *French Peasant Fascism: Henry Dorgères's Greenshirts and the Crises of French Agriculture, 1929-1939*, Nueva York, 1997, pp. 130 y ss.

⁴⁵ Gordon Wright, *Rural Revolution in France: The Peasantry in the Twentieth Century*, Stanford (CA), 1964, p. 77.

Alemania y acabó uniéndose a la Resistencia, durante la Liberación fue denunciado como colaborador, detenido y apaleado: una humillación que Emmanuel intentó compensar años después publicando el relato de la lucha de su padre contra la hambruna prevista para 1942⁴⁶.

Hasta la conversión de Le Roy Ladurie al comunismo en 1949, cuando era estudiante de liceo en París, tuvo un sorprendente aspecto agrario. El mundo del PCF, por supuesto, giraba en torno a Renault Billancourt, Flins, Le Havre y otras fortalezas del proletariado industrial, pero hay pocas pruebas en sus entrevistas o en su autobiografía política, *Paris-Montpellier: PC-PSU, 1945-1963*, de la afinidad romántica con mineros y obreros fabriles que llevó a tantos otros intelectuales burgueses a las filas del estalinismo francés. Por supuesto, Le Roy Ladurie apoyaba a la *classe ouvrière*, pero su propia zarza ardiente fue la victoria de la Revolución China, la mayor insurrección campesina de la historia mundial. «Fue la inclinación de China hacia el comunismo en 1949», escribiría más tarde, «la que me llevó a dejar atrás mi identidad de niño de derechas». Idolatró a Mao, a quien consideraba «un valiente reformador agrario, el buen padre del comunismo, que estableció, creía yo, una democracia nueva y fraternal para una cuarta parte de la humanidad»⁴⁷.

De ese modo entró en la École Normale Supérieure (ENS), como él mismo explicó, «con un doble ADN: una cepa, la de haber sido partidario de Vichy a los doce años; la otra, la de ser adolescente convertido al comunismo»⁴⁸. Entre los comunistas con los que Le Roy Ladurie se encontró en la ENS en 1949-1953 se encontraban Michel Foucault y Louis Althusser. Con Corea, Indochina y la ejecución de los Rosenberg de fondo, la célula de Le Roy Ladurie en la Rue d'Ulm fue movilizad para defender la línea de los «dos campos» sostenida por la Kominform, que tachaba a los defensores de Tito y a los socialistas no adscritos de miembros disfrazados del campo imperialista. El marxismo no dogmático y ecléctico común en el grupo de los *Annales*, que ya los había convertido en anatema para los conservadores académicos, los volvió ahora radiactivos también para los comunistas. Una beca de la Fundación Rockefeller que ayudó a lanzar la Sección Sexta se presentó como prueba de que Febvre y Braudel se habían vendido a los monopolistas estadounidenses y estaban ayudando en la ofensiva

⁴⁶ Anthony Rowley y Emmanuel Le Roy Ladurie (eds.), *Jacques Le Roy Ladurie: Mémoires, 1902-1945*, París, 1997.

⁴⁷ E. Le Roy Ladurie, *Paris-Montpellier: PC-PSU, 1945-1963*, cit., p. 34. Hizo amistad con el sinólogo Jean Chesneaux, también atraído al PCF por la Revolución China.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 75.

ideológica de estos en Francia. Hasta la famosa división braudeliiana de la historia en una tríada de *longue durée* (historia medioambiental), *conjuncture* (historia socioeconómica) e *histoire événementielle* (historia política) se interpretó como expresión de «miedo a la revolución proletaria»⁴⁹.

Los estudiantes del PCF en la ENS y en la Sorbona a comienzos de la década de 1950 eran fanáticos seguidores de la línea del partido (al igual que en su mayoría se convertirían en la década de 1970 en fanáticos anticomunistas); de hecho, Le Roy Ladurie confiesa que era un completo «zhdanovista». Cuando a comienzos de 1949 –justo antes de que Le Roy Ladurie entrase en la ENS– Georg Lukács, el filósofo comunista más famoso de Europa, viajó a París para debatir con los existencialistas, se convirtió al instante en héroe de los estudiantes del PCF del Barrio Latino; un año después, cuando Lukács estaba siendo denunciado por Budapest y Moscú, y su vida corría gran peligro, se deshicieron de sus libros. Aun así, los estudiantes de historia que había entre ellos, con Le Roy Ladurie y François Furet a la cabeza, se dejaron lenta pero irresistiblemente atraer por el aura de la «cientificidad» que rodeaba a los paradigmas heréticos de *Annales*. Se indignaron ante la atención casi exclusiva que los historiadores comunistas de más edad prestaban a las organizaciones obreras, mientras dejaban sin estudiar la propia clase encadenada o el mundo de sus antepasados campesinos. En aspectos cruciales, los *Annales* parecían más verdaderamente materialistas, con su hincapié en las estadísticas, las estructuras y las *mentalités*. Inspirados por Pierre Vilar, profesor de historia en la École Pratique des Hautes Études, que era al mismo tiempo defensor del PCF y *annaliste*, «plantaron firmemente los pies», en palabras de Le Roy Ladurie, en el lado de la historia cuantitativa. Vilar se convirtió en mentor, presentándoles un joven Marx que a Le Roy Ladurie y a otros les resultaba más atractivo que el viejo barbudo puesto en un pedestal por el partido⁵⁰. Una década después, Vilar –todavía el miembro marxista más intransigente de la segunda generación de *Annales*– defendía con vigor su epistemología contra los renovados ataques del PCF, esta vez liderado por Althusser: «Por imperfecta que pueda seguir siendo esta interpretación, es la objetivación de lo subjetivo mediante la estadística lo único que hace posible la historia materialista, la historia de las masas, que trata al mismo tiempo de los datos infraestructurales y masivos, y de esas “masas” humanas que la teoría tiene que “penetrar” si quiere convertirse en una fuerza eficaz».

⁴⁹ P. Daix, *Braudel*, cit., p. 289.

⁵⁰ E. Le Roy Ladurie, *Paris-Montpellier: PC-PSU, 1945-1963*, cit., pp. 117-119. Le Roy Ladurie observa que los miembros del PCF leían poco de la obra de Marx, aparte del *Manifiesto comunista*. Stalin y Lenin eran los más leídos (algo probablemente generalizado en el movimiento comunista).

Los Annales y la France profonde

La expresión «datos infraestructurales y masivos» se refería a la historia económica y demográfica. De ese modo no fue sorprendente que Le Roy Ladurie, Furet y otros historiadores gravitasen en torno al historiador económico Ernest Labrousse en la Sorbona, que se convirtió en supervisor de su trabajo. Labrousse era un lazo fundamental no solo con la familia de los *Annales*, sino también con el legado de François Simiand, el fundador de la sociología económica, con quien había estudiado. Labrousse —que se definía a sí mismo como marxista y marginalista— fue el pionero y el principal defensor de la historia «serial», basada en la construcción de grandes series de datos. Su celebrado estudio de 1933 sobre las tendencias de los precios y las rentas en el siglo XVIII sirvió de modelo para los estudios cuantitativos en otras áreas, en especial la demografía histórica. A través de él, los historiadores de los *Annales* se familiarizaron con las ideas de teóricos del ciclo económico como Kondratieff y Kuznets y, más en general, con los conceptos de *longue durée*, *structure* y *conjoncture* que Braudel popularizaría más tarde. Labrousse contrastaba las crisis del *ancien régime*, que él consideraba principalmente meteorológicas, con las modernas crisis industriales causadas por la «irregularidad» de la inversión. También escribió la primera interpretación económica de la Revolución Francesa y dirigió a docenas de doctorandos que realizaron historias regionales y de trabajo fuertemente estadísticas⁵¹.

Influenciado por este programa, Le Roy Ladurie propuso una tesis sobre la crisis económica mundial de 1873, una de las mayores convulsiones del siglo XIX, que aún hoy carece de una historia comparativa destacable. Pero cuando se le ofreció un puesto de enseñanza en el Lycée de Montpellier, cerca de la familia de su esposa pero lejos de los archivos de París, se vio obligado a buscar un nuevo tema y un nuevo siglo: «Uno de mis amigos [el geógrafo Raymond Dugrand] me aconsejó echarle un vistazo al *compoix* [los estudios catastrales usados para valorar la odiada contribución sobre la tierra, la *taille réelle*] y buscar un tema sobre la historia del campo del Languedoc». Enseguida determinó que los archivos catastrales de la región eran de hecho un inmenso banco de datos para entender «la conquista del campo por el capitalismo», el tema que entonces le fascinaba. Su director de tesis, Labrousse, estaba feliz de

⁵¹ Ernest Labrousse, *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII^e siècle*, tesis, 1933; y *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*, París, 1990, p. 3.

incluirlo en «el batallón de estudiantes de doctorado que enviaba a todas las regiones de Francia para investigar las grandes cuestiones de la historia social y económica»⁵². El Languedoc era un eslabón perdido en el espectro de los estudios regionales supervisados por Labrousse y una continuación lógica de *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* de Braudel. En todo caso, tenía un atractivo obvio para un historiador marxista: la fama merecida de ser la provincia más rebelde de Francia, un crisol de heterodoxia y descontento, y un bastión de minorías perseguidas: cátaros, beguinas, valdenses, calvinistas, brujas y *camisards*.

A pesar de ciertos riesgos, Le Roy Ladurie se enamoró al momento de los pueblos románicos de la región –ciudades amuralladas, iglesias fortificadas y castillos inexpugnables conservados tras siglos de violencia– y sus áreas circundantes soleadas pero duras de trabajar⁵³. El Languedoc de su tesis doctoral, por supuesto, era una provincia o *gouvernement* del *ancien régime*, dividida en *départements* por la Asamblea Constituyente en 1790. En algunos aspectos, el Languedoc prerrevolucionario, descendiente del poderoso y herético condado medieval de Toulouse, era una entidad política *sui generis*: un *pays d'états* que conservaba cierta autonomía fiscal y judicial, con su *parlement* en Toulouse y sus *états* e *intendant* en Montpellier. Con el 8 por 100 de la población y el 10 por 100 del área territorial de la Francia del siglo XVII, sus fronteras administrativas se extendían desde el Ródano hasta la cuenca alta del Garona y el Macizo Central como extremo septentrional. Al estilo de César, estaba dividido en tres partes⁵⁴. La Alta Provenza, centrada en Toulouse y el valle alto del Garona, incluidos los ricos campos de trigo de la llanura de Lauragais. El Bajo Languedoc, separado por montañas, comprendía la llanura costera mediterránea, más seca, con suelos arenosos y humedales que propagaban la malaria, y, abruptamente por encima de la llanura, las mesetas de piedra caliza cubiertas de matorrales –las garrigas– degradadas por siglos de agricultura de tala y quema. Sobre las garrigas se elevaban, a su vez, los salvajes picos y las profundas gargantas de las Cevenas, la parte suroriental y más elevada del Macizo Central.

⁵² E. Le Roy Ladurie, *Naissance de l'histoire du climat*, cit., p. 3.

⁵³ Montpellier era también a finales de la década de 1950 un entorno episódicamente peligroso para oponentes declarados a la Guerra de Argelia como Le Roy Ladurie y su mujer, Madeleine (que militó en el PCF hasta 1963). La universidad era un notorio semillero de grupos estudiantiles de derechas procolonos vinculados con los defensores de la línea dura de Argel, que más tarde formaron la Organización del Ejército Secreto e intentaron asesinar a de Gaulle.

⁵⁴ William Beik, *Absolutism and Society in Seventeenth-Century France: State Power and Provincial Aristocracy in Languedoc*, Cambridge, 1985, p. 34.

Antes de la revolución vitícola del siglo XVIII, que aprovechó la capacidad de la vid para crecer en el pobre suelo de las garrigas, la tradicional ecología de subsistencia en el Bajo Languedoc combinaba la trashumancia –pastos de verano en las Cevenas y apacentamiento de invierno en las garrigas– con el cultivo de trigo en la llanura costera. Junto con pequeños viñedos, la horticultura constituía un plano secundario de la economía, con la difusión a pequeña escala de olivos, castaños (alimento fiable en tiempos de hambruna) y, en los valles de las Cevenas después de 1600, moreras. La existencia de un continuo excedente de mano de obra en las montañas era muy útil cuando se necesitaba ayuda para la cosecha, pero suponía una amenaza cuando el hambre impulsaba a pastores y campesinos muy pobres a la llanura y a los pueblos. La agricultura del trigo en la llanura del Languedoc tenía poca capacidad de absorber el excedente de mano de obra y estaba ecológicamente mal adaptada a la sequía periódica. La vid, por el contrario, estaba perfectamente adaptada a la larga estación seca mediterránea, pero solo podía generar subsistencia para los campesinos mediante el intercambio comercial de vino y grano, que a su vez dependía de mercados no locales e infraestructuras de transporte que en gran medida no existían en el siglo XVII. De ahí la paradoja de una tierra potencialmente rica –hoy, la «California francesa»– que dependía para su subsistencia de un producto básico que se obtenía de manera más eficiente fuera de la región, en el Alto Languedoc y en el norte.

Aunque los archivos del Languedoc fueron el principal recurso para su proyecto, Le Roy Ladurie consultó también, en ocasiones con intensidad, los registros de Guyena, Gascuña, Provenza, el Delfinado y los Alpes, en referencia a la historia de los glaciares. Los parámetros geográficos de su tesis se expandían y contraían, además, entre el Languedoc y todo el Midi, u Occitania, según fuese necesario como ilustración y argumento. Las comparaciones analíticas y estadísticas con Provenza y Cataluña, las dos hermanas del Languedoc, solo se atenuaron en la tesis final porque constituían el tema de proyectos de investigación paralelos efectuados dentro de una única comunidad de estudios liderada, tras la muerte de Febvre en 1956, por Braudel y Labrousse.

Las tesis regionales que enmarcaban cuestiones más amplias fueron –a pesar de los ocasionales recelos de Braudel– el verdadero cimiento de la revolución historiográfica posterior a la guerra en Francia. La plantilla original fue el estudio de Lucien Febvre, *Philippe II et la Franche-Comté*, una *thèse d'État* publicada en 1912 y descrita por Braudel como «una obra maestra que realizó por adelantado todo el futuro programa de los

Annales»⁵⁵. El Franco Condado, comprimido entre las montañas de los Vosgos y el Jura, fue el corredor estratégico —el Camino Español— para los ejércitos y las mercancías que pasaban entre Lombardía y el Rin, convirtiendo su posesión en un elemento fundamental para la gran estrategia de los Habsburgo españoles; y su conquista, en algo igualmente importante para Francia y Holanda. Tras un periodo pacífico, durante el reinado benévolo de Carlos V, el Franco Condado se convirtió en un osario en el de Felipe II: una crisis que ilustró todas las tensiones de clase y religiosas en esta sociedad altamente distintiva que fue uno de los últimos baluartes de la servidumbre en Europa occidental. Febvre, en efecto, escogió el Franco Condado porque concentraba en un solo lugar todas las contradicciones principales de finales del siglo XVI: burgueses contra nobles, absolutismo contra autonomía señorial, tenencia feudal contra propiedad plena, campesinos contra ejércitos y Reforma frente a Contrarreforma⁵⁶. Esta pasión por los estudios regionales se fortaleció aún más después de la guerra, reflejando el hecho de que los líderes de segunda y tercera generación de los *Annales* eran, como Le Roy Ladurie, principalmente de origen rural: Braudel, siempre un campesino imponente, era de Meuse, cerca de Verdún; al igual que Pierre Chaunu; mientras que Labrousse era del país del cognac, Charente; Pierre Goubert de Saumur, y Pierre Vilar de la pequeña ciudad de Frontignan, en el Languedoc. La mayoría de ellos compartía la creencia apasionada de Febvre en la unidad de la geografía y la historia que el cofundador de *Annales* había absorbido de su propio maestro, Paul Vidal de La Blache (1845-1918)⁵⁷. A este último, una de las figuras teóricas clave de la geografía, le interesaba en especial proporcionar una base científica a la idea de la «personalidad regional».

Una influencia similar fue la del historiador y folklorista borgoñón Gaston Roupnel (1871-1946), cuyo libro *La ville et la campagne au XVII^e siècle: étude sur les populations du pays dijonnais* (1922) fue otro estudio regional fundacional, en especial notable por su análisis de cómo se enriqueció la *noblesse de robe* urbana a partir de la devastación de la

⁵⁵ F. Braudel, «Personal Testimony», *The Journal of Modern History*, vol. 44, núm. 4, diciembre de 1972, p. 466.

⁵⁶ Lucien Febvre, *Philippe II et la Franche-Comté* [1912], París, 1970, p. 7.

⁵⁷ A pesar de los ocasionales recelos de Braudel: «Espero que los historiadores jóvenes franceses eviten proyectos fútiles como los de los principales discípulos de Vidal de La Blache, que estudiaron las diferentes regiones del mosaico francés una tras otra. Ni el dominio, ni el *pays*, ni la región, y todavía menos el departamento en los periodos más recientes, constituyen el verdadero marco de investigación, sino el *problemas*»; reseña del libro de Pierre Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730*, *Annales*, vol. 18, núm. 4, julio-agosto de 1963, p. 778.

Guerra de los Treinta Años⁵⁸. Roupnel, sin embargo, sería más conocido por el libro que publicó una década después, *Histoire de la campagne française*, que ensalzaba la escritura de historias regionales y la recuperación de identidades culturales locales, equiparando la vida del campo con la esencia de la civilización francesa *tout court*. Roupnel fue también probablemente el primero que usó el término «historia estructural» para referirse a los fundamentos geográficos y económicos de la vida rural. Febvre y Braudel eran amigos suyos, así como Jacques Le Roy Ladurie: la obra de Roupnel fue utilizada por los propagandistas de Vichy, dejando una pequeña pero incómoda superposición entre la agenda temática de los *Annales* y la ideología de la Revolución Nacional.

Rodear las ciudades

La última generación que Labrousse envió al campo incluyó, además de Le Roy Ladurie, a futuros intelectuales como Maurice Agulhon (Provenza), René Baehrel (Baja Provenza), Alain Corbin (Lemosín), Michel Vovelle (Provenza), Paul Bois (Sarthe) y Guy Lemarchand (Normandía). Gracias al absolutismo y a la República, tenían a su disposición algunos de los registros públicos más ricos y mejor conservados del mundo, lo que, en concreto, hacía los estudios cuantitativos más fáciles que en otras partes. Le Roy Ladurie ha elogiado la escala relativamente pequeña de las jurisdicciones subnacionales francesas, que considera una gran ayuda para la investigación intensiva: «Es obviamente una ventaja tener en Francia noventa y nueve departamentos bastante pequeños, lo que permite geografías relativamente sutiles»⁵⁹.

Estos estudios provinciales, sin embargo, eran todo menos provincianos. Las monografías tenían también resonancias contemporáneas. A ojos de Le Roy Ladurie y otros, la Francia del siglo XVII era análoga a un país subdesarrollado moderno, con importantes lecciones que aportar a las teorías contemporáneas sobre el crecimiento económico y la modernización⁶⁰. Estos estudios constituían una incomparable red de emplazamientos para una observación histórica profunda y, en la década de 1970, para síntesis generales. El logro acumulado fue una perspectiva caleidoscópica y profunda de la historia francesa vista desde fuera

⁵⁸ Philip Whalen, *Gaston Roupnel: âme paysanne et sciences humaines*, París, 2001.

⁵⁹ E. Le Roy Ladurie, «Immobile History: An Interview with Emmanuel Le Roy Ladurie», cit., p. 17.

⁶⁰ E. Le Roy Ladurie, «Voies nouvelles pour l'histoire rurale (XVIIe-XVIIIe siècles)», *Annales*, vol. 20, núm. 6, noviembre-diciembre de 1965, p. 1268.

de la metrópoli, algo sin parangón en ninguna otra gran historiografía occidental. Siguiendo la estrategia del antiguo héroe de Le Roy Ladurie, Mao Zedong, las guerrillas del campo francés –las más magníficamente investigadas del mundo– rodearon París y finalmente guiaron a los últimos sorbonistas, al final de la década de 1960. (En Francia, Gwyn Williams, un brillante pero marginado historiador «provinciano» de Aberystwith, que intentó plantear la historia de Gales en su totalidad, desde los druidas hasta la huelga de mineros, habría acabado en la *École des Hautes Études* o en el *Collège de France*). Incluso después de que en la margen izquierda se hubiese establecido la dictadura de los *Annales*, sus líderes seguían presentándose románticamente como viejos partisanos llegados del *bocage* y la garriga.

Los años pasados en provincias endurecieron intelectualmente a los *annalistes*. Bajo el agotador sistema de graduación vigente en Francia en aquel momento, los candidatos a doctor se veían obligados a convertirse en marcopolos archivísticos, perdidos durante años para producir tesis monumentales. La legendaria tesis sobre «Sevilla y el Atlántico» realizada por Pierre Chaunu, con Braudel de director, tenía la asombrosa longitud de doce volúmenes. Esta prolongada prueba era objeto de amplias burlas, en especial en comparación con los doctorados «rápidos» ofrecidos en las universidades anglosajonas, pero sus alumnos tienden a recordarla con algo de nostalgia. Aunque más tarde él mismo desempeñó una función importante en la reforma de la educación universitaria francesa, Le Roy Ladurie recordaba una de las ventajas del viejo orden: «El sistema francés de las grandes tesis (*thèse d'État*), por arcaico y recopilatorio que pudiera parecer al principio, al final demostró no ser tan completamente negativo. Se suelta a un joven investigador en los archivos de un departamento o de una provincia durante diez, quince años incluso»⁶¹. En Montpellier, Le Roy Ladurie se unió a esta caza del tesoro regional. Además del patrocinio de Braudel y Labrousse, y la amistad de Dugrand, cuya investigación paralela sobre la geografía histórica del Languedoc demostró ser muy útil, pudo aprovechar las estrategias de investigación innovadas en el medio de los *Annales*.

Pierre Goubert, por ejemplo, se había impuesto en 1944 el extraordinario objetivo de recuperar, en la medida de lo posible, la «totalidad» de las vidas de los campesinos y los artesanos del siglo XVII en el Beauvaisis, un área situada al norte de París, pequeña pero densamente poblada,

⁶¹ E. Le Roy Ladurie, «Recent Historical “Discoveries”», *Daedalus*, vol. 106, núm. 4, 1977, p. 144.

que contaba con 100.000 habitantes. Su tesis, publicada en 1960, documentaba los brutales costes humanos de esa guerra civil en serie conocida como la Fronda (1645-1653), en la que murió la quinta parte de la población del Beauvaisis y que dejó como legado la creciente pobreza y la polarización de clases que caracterizaron el reinado de Luis XIV. Los inventarios rurales anteriores a 1650 que sobrevivieron, por ejemplo, revelaban una modesta prosperidad entre los *laboueurs* (los campesinos intermedios propietarios de aperos de labranza); a finales del siglo, «nada era más asombroso que el contraste entre el grueso recaudador de rentas (*receveur*) y la miserable plebe que habitaba en las aldeas»⁶². Pero la tesis de Goubert fue tan importante por su metodología como por su análisis: el uso creativo de los registros parroquiales y otras fuentes descuidadas para reconstruir demografía, rentas y precios sentó el criterio al que aspiraban historias regionales cuantitativas de múltiples capas, como las de Le Roy Ladurie.

La tesis presentada en 1961 por René Baehrel sobre la Baja Provenza —otro enorme aparato de gráficos y cuadros obtenido de los registros territoriales— sorprendió a la mayoría de los historiadores al demostrar que en el siglo XVII las diferencias climáticas entre el norte y el sur de Francia se traducían a menudo en ciclos de cosechas y rentas inversos, a pesar del entorno monetario común⁶³. Cuando la Picardía pasaba hambre, después de un invierno ártico, por ejemplo, la Provenza podía prosperar gracias a una lluvia primaveral abundante. De hecho, como más tarde resaltaría Le Roy Ladurie, la Francia mediterránea, a pesar de soportar las guerras religiosas del siglo XVI y de que en el siglo XVII aún padeció episodios de peste, se libró en gran medida del daño que sufrieron los cultivos en la Pequeña Edad de Hielo y de la reducción poblacional causada por la Guerra de los Treinta Años y la Fronda⁶⁴.

Por su parte, la tesis de Pierre Villar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne*, un documento de dos mil páginas publicado en 1962, cuando el autor tenía 56 años, se convirtió en el «estudio de control» que Le Roy Ladurie usó para situar el atraso del Languedoc en un marco de

⁶² Pierre Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730* [1960], París, 1982.

⁶³ René Baehrel, *Une croissance: La Basse-Provence rurale de la fin du seizième siècle à 1789* [1961], París, 1988.

⁶⁴ E. Le Roy Ladurie, «Les masses profondes: la paysannerie», en *Histoire économique et sociale de la France*, vol. 2, París, 1977 [ed. ing.: *The French Peasantry 1450-1660*, Berkely (CA), 1987, p. 278].

posibles sendas de desarrollo⁶⁵. La tesis de Vilar, como la de Baehrel y la de Le Roy Ladurie, podría describirse como resultado directo y continuación de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo* de Braudel; leídas conjuntamente en todo caso es ciertamente otra demostración de virtuosismo del método de investigación total, que mostraba cómo, en el último tercio del siglo XVII, las inversiones en tecnología de regadío y en viticultura permitieron a un campesinado emprendedor escapar de la maldición de la «historia estacionaria» malthusiana y aumentar la productividad agrícola y, de ese modo, los salarios. «Vilar establece –dice Le Roy Ladurie– que, en el seno de una sociedad tradicional, la Cataluña del siglo XVIII, se produjo el fenómeno del despegue económico»⁶⁶.

Por último, más a mano y enseñando en el liceo Henri-IV, estaba uno de los líderes de la intelectualidad izquierdista de Montpellier, Albert Soboul (1914-1982). Quince años mayor que Le Roy Ladurie y veterano de la Resistencia local, estaba terminando su famosa tesis sobre «Los sans-culottes parisinos en el año II», así como una tesis secundaria acerca de la estructura social del campo local en vísperas de la Revolución, ambas publicadas en 1958. Soboul realizó un uso sofisticado del *compoix*, facilitando sin duda a Le Roy Ladurie el aprovechamiento de la misma fuente para su tesis principal sobre el campesinado del Languedoc⁶⁷.

3. DOCE TESIS

La investigación de Le Roy Ladurie sobre el clima debutó ante los historiadores con tres artículos publicados entre 1959 y 1961⁶⁸. El más importante, «Histoire et climat», publicado en *Annales* en 1959, es una convincente

⁶⁵ Pierre Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne: Recherches sur les fondements économiques des structures nationales*, 3 vols., París, 1962 [ed. cast.: *Cataluña en la España moderna. Investigaciones sobre fundamentos económicos de las estructuras nacionales*, Barcelona, 1979]. Respecto al contraste entre el dinamismo de Cataluña y la decadencia de Castilla, véase su artículo «The Age of Don Quixote», *NLR* 1/68, julio-agosto de 1971 [ed. cast.: «El tiempo del Quijote», disponible en <https://bit.ly/2H4ofDzr.pdf>].

⁶⁶ E. Le Roy Ladurie, «Quantitative History: The 6th Section of the École pratique des hautes études» [1967], en *The Territory of the Historian*, Chicago, 1979, pp. 24-25.

⁶⁷ E. Le Roy Ladurie, reseña sobre el libro de Albert Soboul, *Les campagnes montpelliéraines à la fin de l'Ancien régime*, *Annales historiques de la Révolution française*, vol. 3, 1961.

⁶⁸ E. Le Roy Ladurie, «Histoire et climat», cit.; «Climat et récoltes aux XVII^e et XVIII^e siècles», *Annales*, vol. 15, núm. 3, 1960; y «Aspects historiques de la nouvelle climatologie», *Revue historique*, vol. 225, núm. 1, 1961. El contenido revisado de los tres está recuperado en diferentes apartados de *Histoire du climat depuis l'an mil*, cit.

crítica a la «vieja historia del clima» y una declaración programática de la «nueva». «Esencialmente metodológica –explicaba Le Roy Ladurie– señala las trayectorias de investigación hacia conocimientos concretos, sin hacer conjeturas acerca de soluciones definitivas que no existen aún»⁶⁹. Este magistral artículo y sus capítulos avatares en *Histoire du climat depuis l'an mil* proporcionan el modelo que, en mi opinión, mejor representa su pensamiento inicial acerca de la historia del clima.

«Histoire et climat» comienza con una crítica a un artículo publicado en 1954 por el historiador económico sueco Gustaf Utterström, que cuestionaba audazmente las interpretaciones demográficas sobre la historia económica de la Europa preindustrial. En el modelo alternativo de Utterström, las abruptas transiciones de regímenes climáticos en el norte de Europa, de «marítimo» a «continental» y viceversa, fueron decisivas para precipitar las grandes crisis socioeconómicas de los siglos XIV y XVII y, al revés, para generar los periodos de buenas cosechas y crecimiento demográfico en la primera mitad de los siglos XV y XVIII. Como más tarde señalaría Utterström:

Desde Malthus y Ricardo, todos los estudios acerca de la presión sobre las reservas de alimentos han partido de la suposición de que la población es el factor activo y la naturaleza el fijo. Esta interpretación, sin embargo, difícilmente puede reconciliarse con el pensamiento científico moderno [...]. He sugerido en un artículo anterior que, lejos de respaldar la teoría de la población de Malthus, la evolución demográfica en Escandinavia y las regiones del Báltico durante la primera mitad del siglo XVIII solo puede explicarse por factores *exógenos*, en concreto por el hecho de que en las primeras décadas del siglo se verificó un periodo de clima inusualmente suave que finalizó en torno a 1740 con la vuelta a un clima más extremo⁷⁰.

Le Roy Ladurie valora el artículo de Utterström como «uno de los puntos más lejanos alcanzados por el método tradicional»; un método que Le Roy Ladurie define ante todo como «exageradamente antropocéntrico»: es decir, situar la interpretación climática de la historia por delante de una cuidadosa reconstrucción de la historia del clima. Pero se muestra caustico respecto al «carácter subjetivo de la documentación de Utterström»⁷¹: «Mucho más que en los datos –escasos y poco

⁶⁹ E. Le Roy Ladurie, «Histoire et climat», cit., p. 3.

⁷⁰ Gustaf Utterström, «Climatic Fluctuations and Population Problems in Early Modern History», *Scandinavian Economic History Review*, vol. 3, núm. 1, 1955, p. 3.

⁷¹ Por ejemplo, las memorias de un vicario nacido en 1622, que hacían referencia a episodios climatológicos de finales de la década de 1590 recordados por su familia,

convincentes— este tipo de investigación histórica meteorológica se sostiene en la mera fe: como cuando [Eduard] Brückner explica la caída del Imperio romano por la desviación de las trayectorias de las tormentas y la desecación resultante de la región mediterránea. En la base de dicho trabajo se sitúa el postulado perezoso y altamente debatible de la influencia fundamental y determinante del clima en la historia». Le Roy Ladurie ataca también la preferencia, epidémica en la vieja historia del clima, por explicaciones medioambientales exógenas y exóticas frente a la causalidad socioeconómica convencional. Utterström afirmaba que «la crisis del siglo XVII tuvo un origen climático y no puede explicarse por el análisis interno de las economías y las sociedades europeas del momento». Pero esto no era cierto: «En el estado actual de nuestro conocimiento, los ejemplos de Utterström pueden explicarse igualmente bien, si no mejor, en términos puramente económicos»⁷². Le Roy Ladurie, por supuesto, no rechaza la posibilidad de dar explicaciones meteorológicas a acontecimientos económicos, pero sostiene que las afirmaciones acerca de la influencia climática exigen considerables pruebas cuantitativas, no solo una correlación especulativa y cuentos del pasado. Dada la notoria reputación de la vieja historia del clima, era obligatorio afilar todo lo posible la navaja de Ockham. La visión alternativa de historia científica del clima propugnada por Le Roy Ladurie puede resumirse con mayor claridad en una docena de tesis, obtenidas de los libros que publicó aproximadamente entre 1959 y 1967, que constituyen ideas básicas a partir de las cuales evaluar su trilogía sobre el clima, escrita cuarenta años después.

Primera. Le Roy Ladurie nunca define el «clima», pero puesto que adopta la nueva meteorología dinámica de la década de 1950, probablemente coincidiría con el argumento de Pierre Pédelaborde a favor de una «climatología sintética» paralela que sustituyese la definición tradicional de clima como la media de las estadísticas meteorológicas localmente específicas a lo largo de un prolongado periodo base, por lo general treinta años, con la idea más compleja de la distribución de frecuencia de los tipos meteorológicos sinópticos a lo largo de diversas escalas temporales de interés⁷³. Los actuales creadores de modelos climáticos, armados con nuevas y potentes representaciones matemáticas de las interac-

ibid., p. 32: «Presentan la endeblez habitual de los testimonios de oídas y la cronología es un tanto incierta. Pero no hay razón para dudar de la realidad de los datos contenidos en ellas». ¿Datos?

⁷² E. Le Roy Ladurie, «Histoire et climat», cit., p. 6.

⁷³ Pierre Pédelaborde, *Introduction à l'étude scientifique du climat* (1954), París, 1991, pp. 22-23.

ciones entre aire, hielo y agua, ampliarían esta definición para abarcar el conjunto total de estados del sistema climático, integrando las tres dimensiones, que se producen en un intervalo. En todo caso, el tiempo meteorológico –diario, mensual, estacional, anual– puede ser generado caóticamente por el batir de alas de mariposas en una selva situada a medio mundo de distancia, pero en general puede clasificarse dentro de una limitada tipología de grandes patrones de circulación.

Segunda. En *Histoire du climat depuis l'an mil*, Le Roy Ladurie definió su objeto de estudio como «histoire climatique *séculaire*»: el estudio del cambio climático en el tiempo estructural, la *longue durée*. Dichas fluctuaciones tendrían longitudes de onda similares, con una variación aproximada de medio siglo a varios siglos, a las fases A y B de François Simiand, las ondas largas de Kondrátief, y las fluctuaciones *intradecenales* y seculares de Labrousse. Estos son los lapsos de tiempo que definen sucesos prolongados tales como la inflación de precios en el siglo XVI o la crisis del XVII, y obviamente si el cambio climático tuvo una importante influencia en su causalidad debería ser comparable en frecuencia y duración. Aunque los episodios meteorológicos extremos de meses o varios años de duración pueden representar picos en ondas más largas y son por consiguiente de interés, dichas frecuencias cortas se excluyen por lo demás de la jurisdicción de Le Roy Ladurie, al igual que las oscilaciones climáticas en la escala temporal orbital o en la geológica⁷⁴.

En su crítica de la afirmación hecha por Utterström de que desde la década de 1560 a la de 1690 la agricultura escandinava fue asolada de manera casi ininterrumpida por la meteorología de la Pequeña Edad de Hielo, Le Roy Ladurie establece un precepto metodológico acerca de la periodización, cuya constante transgresión sigue afectando a los escritos contemporáneos sobre el cambio climático:

Lo que debemos hacer es demostrarnos, por medio de métodos estadísticos rigurosos, que estos años desastrosos se debieron a condiciones meteorológicas más o menos correspondientes, y una vez hecho esto, debemos demostrar que se produjeron con frecuencia excepcional durante el largo periodo en consideración, y que eran fenómenos más o menos desconocidos o, en todo caso, considerablemente menos frecuentes en periodos posteriores o anteriores. Mientras no se aporten pruebas de que se produjo una

⁷⁴ Véase Nicholas Clifford y John McClatchey, «Identifying the Time-Scales of Environmental Change», en Thackwray Driver y Graham Chapman (eds.), *Time-Scales and Environmental Change*, Londres, 1996.

diferencia significativa entre dos periodos dados, no podemos aceptar los años desastrosos en cuestión como unidades de una serie larga, y nos vemos obligados a considerar solo que formaron parte de fluctuaciones meteorológicas a corto plazo [...]. ¿Qué deberíamos decir de un historiador o de un economista que afirmase demostrar un aumento duradero y prolongado de los precios basando exclusivamente su argumento en unos cuantos picos en la curva supuestamente interpretada, y descuidando o desconociendo incluso la trayectoria general de dicha curva? [...]. Por el mismo razonamiento, veremos que unos cuantos inviernos notablemente fríos esparcidos por el siglo XVII no equivalen, sin una información más amplia, a un «siglo XVII frío»⁷⁵.

Tercera. La climatología histórica debe basarse en «datos puramente climáticos» y en una serie temporal continua⁷⁶. Usar supuestos efectos, ya sean geográficos o sociales, para efectuar afirmaciones acerca de las causas era el pecado original de la vieja historia del clima: «Una migración, una hambruna o una lista de hambrunas, y más aún una gráfica de los precios agrícolas, no son y no pueden ser datos estrictamente climáticos. La migración deriva de compulsiones y motivos humanos extremadamente complejos. La hambruna deriva de circunstancias agrícolas adversas en las que el elemento climático nunca puede descifrarse a priori»⁷⁷.

Pero los «datos puramente climáticos» anteriores a 1700 deben deducirse de observaciones humanas, tratadas con mucha cautela, o de indicadores naturales. Con las pruebas escritas, «todo está por probar». En 1959, cuando escribí «Histoire et climat», la climatología histórica del periodo preinstrumental consistía, en general, en hipótesis derivadas de fuentes documentales poco fiables o de excavaciones arqueológicas. El escepticismo de Le Roy Ladurie respecto a tomar al pie de la letra los registros escritos no solo diferenciaba su método de la anterior historia climática, sino también de buena parte de lo escrito hoy en día⁷⁸. «A decir verdad,

⁷⁵ E. Le Roy Ladurie, «Histoire et climat», cit., p. 137.

⁷⁶ «El punto de partida de dicho estudio no debe ser el episodio meteorológico aislado, a menudo ambiguo, sino –tan continua como sea posible– una serie de datos climáticos homogénea. No obstante, las conclusiones aportadas por dicha serie, aunque valiosas en sí mismas, son a su vez unilaterales. La simple confrontación de conjuntos de datos no permite alcanzar una síntesis útil», E. Le Roy Ladurie, «Climat et récoltes aux XVIIe et XVIIIe siècles», cit., p. 434.

⁷⁷ E. Le Roy Ladurie, *Histoire du climat depuis l'an mil*, cit., p. 17.

⁷⁸ Los informes preinstrumentales de inviernos extremos, por ejemplo, se interpretan a menudo como años fríos, cuando de hecho un verano más cálido de lo habitual podría equilibrar la media anual. Antes de mediados del siglo XVIII, asimismo, todo viento superior a fuerza 4 se registraba como «temporal», mientras que con posterioridad, un fuerza 5 era oficialmente una «brisa fresca». Y la congelación del Támesis en el siglo XVII, con sus famosas ferias de hielo, se ha evocado universalmente como ilustración del carácter extremo de la Pequeña Edad de Hielo, pero ahora se considera

los historiadores que se ocupaban de la cuestión se veían reducidos muy a menudo a recopilar, sin mucho método, los episodios que, por razones diversas, habían captado la imaginación de los contemporáneos: sequías “espantosas”, heladas “horribles”, “grandes” inviernos, “torrentes” de lluvia, inundaciones. Es decir, el carácter subjetivo, heterogéneo, discontinuo, en una palabra, irrelevante, de ese tipo de documentación». A finales de la década de 1970, Le Roy Ladurie se entusiasmó con un ingenioso método inventado por el geógrafo Christian Pfister en Berna para refinar y cuantificar los datos climáticos obtenidos de documentos; pero solo una década antes la única serie temporal preinstrumental que disfrutaba de amplia credibilidad era la cronología anual de tiempo meteorológico invernal y estival en el noroeste de Europa desde 1450 aportada por Derek Schove. Schove, maestro de escuela con conocimientos científicos, planteó solo las cuestiones sencillas que los documentos podían responder de manera fiable: si los inviernos habían sido «fríos» o «benignos»; si los veranos habían sido «calurosos» o «frescos»⁷⁹. Las categorías eran primitivas pero, como veremos, permitían efectuar algunas deducciones sorprendentes.

Cuarta. La historia económica y la historia del clima afrontan el mismo reto cuando intentan deducir la tendencia de alguna variable a partir del comportamiento de otra variable: todos los indicadores están sobredeterminados. Por ejemplo, Le Roy Ladurie y sus compañeros de la Sección Sexta se esforzaron durante años por utilizar las variaciones de los diezmos eclesiásticos como indicadores de tendencias en la producción agrícola. Esto resultó ser una pesadilla estadística, ya que, por lo general, los propietarios de estos diezmos subastaban los derechos de recaudación y los recibos reflejaban el valor de renta del diezmo, no la cantidad finalmente recaudada. No podía suponerse, en consecuencia, sin efectuar antes unas correcciones y unos ajustes intrincados, que las tendencias de los diezmos proyectadas en una gráfica reflejaban las tendencias de las cosechas.

Las fechas de la vendimia, que Le Roy Ladurie esperaba convertir en ventanas al clima preinstrumental, estaban de igual modo determinadas por decisiones humanas acerca de la madurez deseada de la uva y por

que las congelaciones estaban causadas porque el viejo puente de Londres actuaba como presa e impedía que la marea penetrase río arriba. Después de 1830, cuando se derruyó el puente y el agua salada volvió a fluir más arriba de Westminster, el Támesis dejó de congelarse incluso en los inviernos más fríos. Véase Phil Jones y Michael Mann, «Climate Over Past Millennia», *Reviews of Geophysics*, vol. 42, núm. 2, junio de 2004, pp. 6-7.

⁷⁹ E. Le Roy Ladurie, «Histoire et climat», cit., pp. 134, 158-160.

las condiciones meteorológicas durante la estación de crecimiento. Si un *vigneron*, por ejemplo, aspiraba a obtener una añada de mejor calidad o simplemente quería aumentar el contenido de alcohol, programaría la vendimia más tarde que en años anteriores. Aunque Le Roy Ladurie, en *Histoire du climat depuis l'an mil*, confiaba en que la relación entre la vendimia y el clima pudiera usarse con precisión como termómetro durante al menos una generación, admitió que «en una escala temporal secular los factores humanos distorsionan la curva de la vendimia y la hacen inutilizable como indicador climático»⁸⁰.

Le Roy Ladurie, que conocía mejor los métodos paramétricos que la mayoría de los historiadores en la década de 1960, entendía el reto de la discriminación de señales, pero subestimó su dificultad. Hoy se aplican a los datos indirectos potentes métodos estadísticos, tomados de la teoría de procesamiento de señales, tales como los análisis de componentes principales y de ondículas, y a menudo se realizan comparaciones entre múltiples conjuntos de datos diferentes. Pero aparte de los núcleos de hielo de Groenlandia y de la Antártida, cuyos análisis disfrutaban de una confianza científica muy amplia, otros resultados preinstrumentales indirectos raramente se aceptan sin controversia o sin el cuestionamiento de datos rivales. Incluso cuando los resultados son convincentes, la especificidad de las condiciones locales puede hacer que los datos no sean generalizables al ámbito geográfico deseado. El escepticismo de Le Roy Ladurie acerca de las conclusiones obtenidas de una única serie temporal sigue siendo, en otras palabras, completamente válido, al igual que su creencia en que los historiadores deben poseer suficientes conocimientos científicos como para situar los resultados de un estudio concreto en el terreno de debate adecuado de dicho estudio. De lo contrario, cualquier hipótesis encontrará siempre los datos que necesita.

Quinta. Este mismo reto complejo de distinguir las señales superpuestas de distintas causalidades es aplicable a los demás archivos naturales importantes. Casi la mitad de *Histoire du climat*, por ejemplo, narra y comenta la investigación glaciológica, pero la información que aporta

⁸⁰ E. Le Roy Ladurie, *Les paysans de Languedoc*, cit., p. 29. Alain Guerreau, crítico de Le Roy Ladurie, resaltaba que «las fechas de la vendimia deberían considerarse información sobre cómo utilizaban los viticultores el clima y cómo reaccionaban a su variación, no como un mero índice del cambio climático». Su conclusión: «Está cada vez más claro que las fechas de la vendimia solo nos pueden enseñar lecciones mediocres acerca de las tendencias climáticas», Emmanuel Le Roy Ladurie, «Climat et vendanges», *Histoire & Mesure*, vol. 10, núms. 1-2, 1995, pp. 90-91, 145.

el hielo es sorprendentemente compleja. Cada gran glaciar de los Alpes resulta tener un perfil de conducta específico, determinado por su emplazamiento y su microclima. Los movimientos del glaciar de Chamonix, por ejemplo, están influidos principalmente por la temperatura, pero los de glaciar de Grindelwald, dependen de la precipitación. Las generalizaciones sobre los avances y los retrocesos del hielo regional y continental son sospechosas, a no ser que respeten estas excentricidades locales.

No sorprende que los datos instrumentales demuestren que el calentamiento reciente se correlaciona positivamente con la retirada de los glaciares en todo el mundo. Pero el modelo inverso, la suposición de que los avances de los glaciares debieron de basarse en un enfriamiento mundial, «sigue siendo puramente teórica». Dado que los glaciares acumulan masa por una combinación de factores, incluidos los inviernos benignos pero húmedos, las temperaturas anuales no tienen una relación lineal simple con los sistemas glaciares. La Pequeña Edad de Hielo *glaciológica*, la prueba más indiscutible de la fluctuación climática a largo plazo, tampoco es un testigo fiable en el juicio por asesinato de la Pequeña Edad de Hielo *climatológica*: «¿Qué deberíamos pensar de un historiador que intentase, aunque fuera en parte, explicar el progreso económico experimentado en Europa desde 1850 por el calentamiento revelado en la retirada de los glaciares alpinos y de otros lugares desde esa fecha? Utterström está haciendo algo muy parecido cuando intenta establecer una relación estrecha entre el avance de los glaciares y las crisis económicas en Europa durante los siglos XIV, XV y XVII»⁸¹.

Sexta. Hasta que pueda realizarse la gran promesa de las cronologías de la vendimia y los anillos de los árboles europeos, Le Roy Ladurie concluyó que solo los registros dendrocronológicos del sudoeste estadounidense alcanzaban una elevada calidad estadística. La «escuela de Arizona» dedicada a la investigación de los anillos de los árboles –usando especies de árboles occidentales que constituían notables indicadores de pluviosidad– resolvió las fluctuaciones anuales de precipitación con insólita precisión⁸². Cuando el Laboratory of Tree-Ring Research

⁸¹ E. Le Roy Ladurie, *Histoire du climat depuis l'an mil*, cit., pp. 10-11.

⁸² Tras una visita efectuada a la Universidad de Arizona en 1968, Le Roy Ladurie proclamó que «el trabajo efectuado durante los pasados cincuenta años en el laboratorio paleoclimático de Tucson, en la tranquila ciudad universitaria presidida por las montañas de Santa Catalina, es, desde el punto de vista de la ciencia del clima, de la historia y de la Tierra, una de las grandes aventuras intelectuales del siglo XX», *Histoire du climat depuis l'an mil*, cit., p. 40.

de la Universidad de Arizona detectó una sequía de casi un siglo antes de 1300, seguida de una extraordinaria humedad el siglo siguiente, y otra megasequía en el último tercio del siglo XVI, dio comienzo en la pequeña comunidad de climatólogos históricos –principalmente meteorólogos y arqueólogos– a un debate que duró décadas acerca de si estos fenómenos a gran escala estaban confinados al oeste de Estados Unidos o podrían constituir huellas de cambios climáticos planetarios.

Utterström asumió esta última opinión, pero Le Roy Ladurie era característicamente más cauto. Observando que las señales de sequía disminuían en los límites de las regiones más húmedas de Estados Unidos, como la región del Pacífico Noroeste, resaltó: «Una diferenciación geográfica de este tipo es importante de por sí y con carácter general; es muy erróneo aplicar de manera categórica conclusiones válidas para zonas áridas a regiones templadas y húmedas; lo que es cierto para Los Ángeles no tiene por qué serlo para Portland; en Europa, lo que puede ser aplicable al Mediterráneo no es necesariamente cierto respecto a los países del mar del Norte, y mucho menos los del Báltico». La existencia de fluctuaciones climáticas hemisféricas o planetarias necesitaba una prueba en el viejo mundo y en otras partes que fuese de igual calidad que la de los árboles occidentales: «Los árboles estadounidenses no pueden hacer el trabajo de los árboles europeos»⁸³.

Séptima. No hay, por consiguiente, una piedra de Rosetta de la historia climática, ni siquiera en Arizona: «Debemos, por lo tanto, dejar de esperar que las curvas de crecimiento de los árboles nos proporcionen información acerca de una ley universal de la evolución cíclica del clima. Al igual que ocurre con las curvas de precios, las curvas climáticas son por ahora puramente empíricas: es imposible deducirlas a partir de una frecuencia dada; deben establecerse por separado para cada continente y para cada gran región». La especificidad geográfica de la historia climática es –mientras no se demuestre lo contrario– un axioma en todos los contextos. En Europa, por ejemplo, el carácter de la vulnerabilidad agrícola difiere de acuerdo con el clima local y el espectro de cultivos. Aparte de los episodios de frío más extremos y geográficamente más extensos –como los raros inviernos en el Midi que matan olivos y congelan el mar en torno a los barcos en el puerto de Marsella– y las sequías –como el ardiente verano de 2003– hay tres amplias bandas latitudinales de riesgos estacionales. En la llanura del norte de Europa, la principal amenaza para las cosechas es

⁸³ E. Le Roy Ladurie, «History and Climate», cit., pp. 143-144.

la lluvia al final de la primavera y en el verano, mientras que en la cuenca norte del Mediterráneo, la sequía es la principal preocupación, en especial antes del siglo XIX, cuando el trigo era el principal cultivo; en Escandinavia y en la región báltica, es el frío extremo en cualquier estación. Era raro, por consiguiente, experimentar pérdidas simultáneas de cosechas en el norte y en el sur o, por ejemplo, en Europa occidental y oriental; 1709 fue una excepción inusual y catastrófica.

El Midi demostró en general ser el lugar *equivocado* para estudiar la Pequeña Edad de Hielo y sus repercusiones sobre los humanos. No solo el norte de Francia y el Mediterráneo experimentan diferentes repercusiones de los cambios en los regímenes de circulación, sino que sus registros documentales, como Le Roy Ladurie descubrió tras la publicación de *Histoire du climat depuis l'an mil*, son de calidad drásticamente disimil.

El uso de ordenadores en los últimos años nos ha permitido tamizar la enorme masa de registros, separar el trigo de la paja, las series fiables de las no fiables. [...] el grupo investigador de la Sección Sexta de la École Pratique des Hautes Études eliminó en consecuencia las series procedentes del sur de Francia: son inadecuadas, no coinciden bien y son obra de observadores que no eran aplicados, ni concienzudos, ni escrupulosos. Algunas de las series de la región de París, la Francia occidental y sobre todo el extremo norte (Arrás, Montdidier, etcétera), sin embargo, pasaron nuestra prueba de ordenador con éxito: muestran tasas de correlación mutua superiores a 0,95. Proporcionan una base muy sólida para una imagen del clima durante los últimos doscientos años del *ancien régime*⁸⁴.

Treinta años después, en el primer volumen de la trilogía, centró en consecuencia sus análisis en los fenómenos de la Pequeña Edad de Hielo acaecidos en el norte de Francia, Inglaterra y los Países Bajos⁸⁵.

Octava. Como en China, India y Brasil, la pérdida de cosechas en una región en la Europa de comienzos de la Edad Moderna se equilibraba a menudo con cosechas extraordinarias en otra. De ese modo, el interludio

⁸⁴ E. Le Roy Ladurie, «The History of Climate», en Jacques Le Goff y Pierre Nora (eds.), *Constructing the Past*, Cambridge, 1985, p. 84 (ensayos seleccionados de *Faire de l'histoire*, 3 vols. París, 1974).

⁸⁵ Los refinamientos contemporáneos de la serie temporal preinstrumental emplean hasta nueve categorías para clasificar el tiempo meteorológico estacional. Los holandeses tienen especial suerte con los datos precisos, ya que desde la Edad Media se registraron con precisión las fechas de congelación de los canales y vías fluviales, así como las condiciones del hielo y del deshielo. Desde 1992, el Real Instituto Holandés de Meteorología ha publicado ocho volúmenes —unas cinco mil páginas en total— documentando la historia meteorológica del país desde el año 1000.

cálido entre los episodios extremos de la Pequeña Edad de Hielo produjo en la segunda mitad del siglo XVII –aproximadamente entre 1650 y 1680– sequías desastrosas en el Languedoc y en la Provenza, pero cosechas excepcionales en el Báltico. En *Les paysans de Languedoc*, Le Roy Ladurie conjeturaba que estos excedentes de grano inesperados habían saturado el mercado de Ámsterdam y Europa central, provocando un hundimiento de precios que tal vez iniciase la amplia recesión que Simiand caracterizó como la fase B de deflación y estancamiento⁸⁶. Pero el traslado de grano de una región excedentaria a una deficitaria, con participación o no de los mercados, depende obviamente de la existencia de infraestructuras de transporte. En el siglo XVII, China era específica en un doble sentido: por el compromiso asumido por la dinastía Qing de eliminar el hambre, y por los siglos de inversión que habían excavado el Gran Canal –una de las mayores obras públicas de la Tierra– para transportar arroz y mijo de emergencia del Yangtze a la llanura del río Amarillo, mientras que el famoso sistema de «granero siempre normal» prometía ayuda inmediata –*faire la soudure*– hasta que llegaban los barcos del sur. En Europa, con pocas excepciones, solo las zonas adyacentes a las riberas marítimas, los corredores fluviales y las áreas de agricultura mixta avanzada estaban protegidos del hambre por el comercio de granos o los cultivos alternativos. Tanto las regiones interiores como las periferias montañosas siguieron siendo muy vulnerables a la pérdida de cosechas hasta el auge de las carreteras y los canales registrado en el siglo XVIII y comienzos del XIX. Para el Languedoc, la construcción del Canal du Midi –por especuladores, no por el Estado– a finales del siglo XVII supuso el comienzo de la unificación del mercado y de un suministro seguro de grano, aunque hasta la Tercera República siguieron existiendo enclaves aislados y autárquicos.

Novena. Los sistemas agrícolas, en especial el espectro de cultivos y el almacenamiento del agua, modelan la vulnerabilidad al mal tiempo. Inglaterra, el primer gran país que rompió el ciclo de pérdida de cosechas y hambre, en el siglo XVII, tenía la ventaja –gracias a la suficiencia de forrajes– de disponer de abundante fuerza animal para la labranza y para abonar los cereales, tanto de primavera como de invierno. Al otro lado del canal, sin embargo, los cultivos sembrados en primavera se descuidaban porque había escasez de animales de tiro y de ganado vacuno para abonar dos siembras anuales. La escasez de caballos de labranza significaba también que los agricultores del norte de Francia rara vez

⁸⁶ E. Le Roy Ladurie, *Les paysans de Languedoc*, cit., p. 36.

podían arar con tanta profundidad o con tanta frecuencia como los de Inglaterra. De ese modo, los epicentros tradicionales del hambre inducida por el clima en Francia eran las llanuras septentrionales, desde París a Beauvais y el valle del Loira. Escocia y Escandinavia compartían el aprieto francés de depender peligrosamente de una sola cosecha, aunque en estos casos nórdicos la base de la subsistencia eran los cereales de primavera, no los de invierno.

«El secreto para evitar la hambruna», de acuerdo con Andrew Appleby, estaba en una «agricultura estacionalmente equilibrada, con trigo y/o centeno como grano panificable importante, pero con suficiente avena o cebada a las que acudir en tiempos de escasez»⁸⁷. El Bajo Languedoc del siglo XVIII ofrece un extraordinario ejemplo de conversión del mal tiempo en buen tiempo mediante la sustitución de especies templadas por otras adaptadas al calor y la sequía. La vieja economía agrícola de la región se basaba, como hemos visto, en los cereales y era, en consecuencia, muy vulnerable a la «serie de veranos implacables», «anticiclones imperialistas, que durante cinco y hasta diez años, a veces más, reinaron sobre Francia con anormal frecuencia» durante el siglo XVII. Después de 1700, sin embargo, se produjo una conversión generalizada de los trigales a los viñedos y de la producción de subsistencia a la semicomercial. Los meses cálidos y secos que agostaban el grano eran una bendición para las viñas, y las olas de calor posteriores a 1700 empezaron a producir crisis episódicas de sobreproducción en lugar de escasez⁸⁸.

Décima. La unidad estadística básica de la historia climática no es la temperatura anual, sino la temperatura y la precipitación mensuales o estacionales. Los registros anuales ocultan anomalías estacionales cruciales que pueden representar regímenes climáticos esencialmente distintos. Los anillos de los árboles y las fechas de la vendimia solo reflejan las condiciones meteorológicas en las estaciones de crecimiento de primavera y verano, de modo que para obtener información sobre el clima invernal Le Roy Ladurie acudió a la cronología estacional de Schove. Los resultados fueron muy sorprendentes: en el siglo XVI, las variaciones de la temperatura estival se equilibraban entre sí hasta producir una estabilidad neta, mientras que a partir de 1540 el

⁸⁷ Andrew Appleby, «Grain Prices and Subsistence Crises in England and France, 1590-1740», *Journal of Economic History*, vol. 39, núm. 4, diciembre de 1979, pp. 883-885.

⁸⁸ E. Le Roy Ladurie, *Les paysans de Languedoc*, cit., p. 38.

tiempo invernal mostraba un descenso abrupto de la estabilidad y la temperatura: «A primera vista, sorprende un poco y produce cierto escepticismo esta discordancia de escala fundamental de la serie estival, con sus fluctuaciones relativamente cortas y su estabilidad secular, con la serie invernal, tendente a amplias oscilaciones seculares, incluso interseculares»⁸⁹. La explicación de esta asombrosa asimetría estacional, sugiere Le Roy Ladurie, es que el clima del norte de Europa puede cambiar entre dos regímenes característicos: una circulación *marítima* más benigna, como en la primera mitad del siglo XVI; y un patrón *continental* más extremo, como durante la segunda mitad de dicho siglo. El régimen marítimo se asocia con inviernos suaves y algo lluviosos, y veranos cálidos; mientras que el régimen continental trae inviernos casi rusos y veranos en ocasiones muy calurosos. El primero representa un fuerte flujo latitudinal de sistemas de bajas presiones a través del Atlántico, mientras que el segundo se debe al bloqueo del tiempo marítimo por parte de las altas presiones, lo que expone a Europa occidental a una circulación meridional que provoca la invasión de masas de aire del Ártico.

Undécima. La oscilación entre ambos patrones, así como la existencia correspondiente de una presión atmosférica que oscila entre la presión baja islandesa y la presión alta de las Azores –denominada por Gilbert Walker en la década de 1920 la Oscilación del Atlántico Norte– se conocía desde finales del siglo XIX, pero careció de explicación teórica hasta la aparición de la «meteorología dinámica», después de la Segunda Guerra Mundial. Fueron científicos escandinavos los que elaboraron en tres fases la moderna teoría del tiempo meteorológico de latitudes medias: en primer lugar, el artículo publicado por Jacob Bjerknes en 1904 dando a la meteorología una base teórica fundamentada en la mecánica de fluidos y la termodinámica; en segundo, los conceptos revolucionarios del frente polar y la ciclogénesis desarrollados por Bjerknes, su hijo y estudiantes de Bergen durante la Primera Guerra Mundial; y finalmente, el descubrimiento de las ondas estacionarias planetarias y la función de las corrientes en chorro por un antiguo alumno de Bjerknes, Carl-Gustaf Rossby, y sus colaboradores de la Universidad de Chicago en la década de 1940⁹⁰.

⁸⁹ E. Le Roy Ladurie, «Histoire et climat», cit., p. 28.

⁹⁰ Lograda mediante una osada simplificación: Rossby pasó por alto los aspectos termodinámicos de la circulación para centrarse en las fuerzas mecánicas (hidrodinámicas) que mueven grandes masas de aire.

Uno de los primeros apóstoles de Rossby en Francia fue el geógrafo y meteorólogo Pierre Pédelaborde que, con un manual publicado en 1954 –todavía en catálogo cincuenta años después– y una tesis doctoral presentada en 1957 sobre el clima de la cuenca parisina, introdujo la meteorología dinámica a los geógrafos y a los historiadores sin exigirles dominar las complejas ecuaciones diferenciales que convertían los artículos canónicos de Rossby en un quebradero de cabeza incluso para los científicos⁹¹. En un artículo que influyó mucho en Le Roy Ladurie, y que se convirtió, de hecho, en la base científica de *Histoire du climat depuis l'an mil*, Pédelaborde defendía la invarianza temporal –hoy se denominaría fractalidad– de las fluctuaciones climáticas en diferentes escalas del tiempo humano e incluso del geológico: «Las oscilaciones decenales y los ciclos seculares solo difieren entre sí por su amplitud y duración, y parecen estar ligados por los mismos procesos dentro de la circulación general»⁹².

En opinión de Pédelaborde había dos (y solo dos) modos fundamentales de variabilidad climática planetaria, los cuales suponían desplazamientos de las principales zonas de circulación planetarias y estaban definidos por su «zonalidad» antípoda. El primero se caracterizaba por la expansión de la convección y las corrientes en chorro tropicales hacia los polos, y el aumento de la sinuosidad de las trayectorias de los ciclones que avanzan hacia el oeste en latitudes templadas y subárticas. En el segundo caso se producía una contracción del cinturón de lluvias tropical –la Zona de Convergencia Intertropical (ZCIT)– hacia el ecuador y una aceleración del movimiento de celdas de bajas presiones a través del Atlántico. El primer modo caracterizaba los periodos interglaciares del Cuaternario, mientras que el segundo era la meteorología básica de las edades de hielo, mucho más prolongadas. Versiones más débiles de la misma oscilación operaban en escalas temporales milenarias y centenarias: «El hecho esencial es la existencia de dos tipos de circulación»: «la alternancia entre los dos nos permite explicar *la variación del clima a cualquier escala y en cualquier época*»⁹³.

Es una afirmación curiosa, ya que presumiblemente los dos regímenes de circulación son solo las *formas* de la circulación variable, no sus causas. Esta oscilación bimodal podría asimismo generarse de dos maneras diferentes. En un supuesto, «la zona de convergencia intertropical migra de

⁹¹ Pierre Pédelaborde, *Le climat du bassin parisien*, 2 vols., París, 1957.

⁹² P. Pédelaborde, «Introduction à l'étude scientifique du climat», *L'information géographique*, vol. 21, núm. 4, 1957, p. 153.

⁹³ P. Pédelaborde citado por E. Le Roy Ladurie en *Histoire du climat depuis l'an mil*, cit., p. 277.

norte a sur, alejándose del hemisferio más frío» o «se contrae y expande simétricamente en torno a su posición actual». Ambas posiciones tienen defensores contemporáneos⁹⁴. En cualquier caso, como posteriormente señalaba un meteorólogo canadiense, «la noción de circulación general que cambia entre modos de variabilidad –índices zonales bajos y altos– no se impuso, y en la década de 1950 se produjo un descenso general de interés por el ciclo de los índices como herramienta de pronóstico de medio alcance»⁹⁵. De hecho, Pédelaborde aclararía más tarde que «la circulación zonal y la meridional solo representan las *resultantes* de procesos en su totalidad más complejos». El hecho esencial en lo referente al clima de Europa occidental es «la extrema fragmentación de la atmósfera, que es la que determina los caprichos de la circulación». Puesto que Europa occidental es un campo de batalla del tiempo meteorológico procedente de otras partes –flujo occidental, invasiones polares, calor subtropical cuando el anticiclón de las Azores avanza hacia el norte, etcétera– las «dos circulaciones» son en realidad una mera abstracción de primer orden. Los climatólogos siguen debatiendo cuántos tipos ideales sinópticos –4, 9, 10 o incluso 29– hacen falta para clasificar la diversidad de los sistemas meteorológicos europeos⁹⁶.

Duodécima. Le Roy Ladurie sí reconoció, sin embargo, que las audaces ideas de la nueva climatología –al menos la versión de finales de la década de 1950– no logran en último término explicar las repercusiones de la Pequeña Edad de Hielo en la agricultura. Los datos de Schove solo manifiestan un patrón de onda larga en las temperaturas invernales. Los inviernos muy fríos pueden matar personas y ganado, pero fuera de Escandinavia, donde las temperaturas invernales normales son ya de partida muy bajas, no afectan a los cultivos de cereales aislados bajo la nieve. De hecho, las buenas cosechas de trigo requieren inviernos fríos. En la «estepa francesa» septentrional, el verdadero peligro para los cereales, como hemos visto, es una estación de crecimiento fresca y lluviosa, en primavera y verano. Era, por lo tanto, prematuro sacar demasiadas deducciones de trabajos como el de Pédelaborde hasta reunir un registro

⁹⁴ Jennifer Arbuszewski *et al.*, «Meridional shifts of the Atlantic intertropical convergence zone since the Last Glacial Maximum», *Nature Geoscience*, vol. 6, núm. 11, 2013, p. 959.

⁹⁵ El índice zonal lo creó Rossby en 1939: Lionel Pandolfo, «Observational Aspects of the Low-Frequency Intraseasonal Variability of the Atmosphere in Middle Latitudes», *Advances in Geophysics*, vol. 34, San Diego (CA), 1993, pp. 123-124.

⁹⁶ Mait Sepp y Jaak Jaagus, «Frequency of circulation patterns and air temperature variations in Europe», *Boreal Environmental Research*, vol. 7, núm. 3, octubre de 2002, pp. 273-275.

meteorológico adecuado que incluya, de manera ideal, datos de precipitación mensuales. «En resumen –decía Le Roy Ladurie en 1959– no se puede demostrar que la continentalización» del tiempo meteorológico en el siglo XVII hubiera «deprimido la economía agrícola de Europa»⁹⁷.

Pero vacila acerca de la realidad de una Pequeña Edad de Hielo, como muchos climatólogos en décadas recientes⁹⁸. «¿Es cierto, como asevera Schove, que el predominio de periodos fríos y su acumulación es una “era” que abarca varios siglos?» Acepta que los datos de la dendrocronología estadounidense muestran «una oscilación prolongada aunque débil», pero la considera «sin importancia para la vida de los hombres», una opinión que extrañamente contradice su creencia en que el sudoeste de Estados Unidos sufrió un desastre civilizacional durante las megasequías. En todo caso, rechaza la idea de que se produjese una catástrofe general relacionada con el clima durante la época barroca, señalando que las crisis económicas y demográficas no se adaptan a la meteorología del periodo en ningún patrón multidecenal congruente. «La crisis del siglo XVII, presentada siempre como el clímax histórico de la Pequeña Edad de Hielo, experimenta de hecho sus paroxismos en periodos de remisión climática, cuando la influencia marítima ha desplazado temporalmente la influencia continental». Pero si el cambio climático no coincide con la crisis económica prolongada en el plano secular, sí tiene repercusiones decisivas sobre décadas concretas. «La cosecha perdida de 1693 –escribe en *Histoire du climat depuis l’an mil*– causó una carestía apocalíptica, de tipo medieval, que mató a millones de personas en Francia y en los países vecinos. Ningún historiador del siglo XVII francés dirá que exagero». En otra parte afirma que «las mayores crisis del siglo XVII, la Fronda y 1690-1700 estuvieron sin duda provocadas por una serie de años climáticos y ecológicos desfavorables».

Estos son, por lo tanto, los puntos de partida conceptuales, las directrices metodológicas, las advertencias empíricas e intelectuales y las conclusiones provisionales y muy matizadas respecto a los cuales interpretar la monumental trilogía de Le Roy Ladurie.

⁹⁷ E. Le Roy Ladurie, *Histoire du climat depuis l’an mil*, cit., p. 145.

⁹⁸ E. Le Roy Ladurie, «Histoire et climat», cit., p. 22. Desecha la búsqueda de oscilaciones medioambientales debidas a las manchas solares y otros ciclos astronómicos: «Dichas investigaciones son a la historia real del clima lo que la piedra filosofal al oxígeno», *Histoire du climat depuis l’an mil*, cit., p. 11.

* El presente artículo es un extracto de *Taking the Temperature of History: Le Roy Ladurie’s Adventures in the Little Age Ice*, que se publicará en Verso.